

A-C.56/5

CALLDIERONDELA BARROCO MADO'S ROURRALS

A - Caj. 56/5

CASA CON DOS PUERTAS

3552
R

MALA ES DE GUARDAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.



MADRID: 1873.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA.

Carretas, 9.

75

8275

CASA CON DOS PUERTAS

PERSONAS.

MALA ES DE GUARDAR

DON FÉLIX, *galán*.

LISARDO, *galán*.

FABIO, *viejo*.

CALABAZAS, *lacayo*.

HERRERA, *escudero*.

LELIO, *criado*.

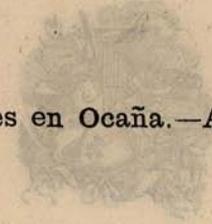
LAURA, *dama*.

MARCELA, *dama*.

SILVIA Y CELIA, *criadas*.



La escena es en Ocaña.—Año de 1629.



MADRID, 1873.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA.
Calle del Rollo, núm. 6, bajo.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA y SILVIA con mantos, como recelándose, y detrás LISARDO y CALABAZAS.

MARC. ¿Vienen tras nosotras?

SIL. Sí.

MARC. Pues párate; caballeros, desde aquí habeis de volveros, no habeis de pasar de aquí; porque si intentais así saber quién soy, intentais que no vuelva donde estais otra vez; y si esto no basta, volveos, porque yo os suplico que os volvais.

LIS. Dificilmente pudiera conseguir, señora, el sol que la flor del girasol su resplandor no siguiera; dificilmente quisiera el norte, fija luz clara, que el iman no le mirara; y el iman dificilmente intentará, que obediente el acero le dejara. Si sol es vuestro esplendor, girasol la dicha mía; si norte vuestra porfia, piedra iman es mi dolor; si es iman vuestro rigor, acero mi ardor severo, ¿pues cómo quedarme espero, cuando veo que se van mi sol, mi norte y mi iman, siendo flor, piedra y acero?

MARC. A esa flor hermosa y bella término el dia concede, bien como á esa piedra puede concederlos una estrella: y pues él se ausenta y ella, no culpeis la ausencia mía;

decid á vuestra porfia, piedra, acero ó girasol, que es de noche para el sol, para la estrella de dia. Y quedaos aquí, porque si este secreto apurais, y á saber quién soy llegais, nunca á veros volveré á aqueste sitio, que fué campaña de nuestro duelo; y puesto que mi desvelo me atrae á veros aquí, creed de mí que importa así. De vuestro recato apelo, señora, á mi voluntad; y supuesto que seria no seguiriros cortesía, tambien será necedad: necio ó descortés, mirad, cual mayor defecto es, vereis que el de necio, pues no se enmienda; y así, á precio de no ser, señora, necio, tengo de ser descortés. Seis auroras esta aurora hace que en este camino ciego el amor os previno para ser mi salteadora; tantas há que á aquella hora os hallo á la luz primera oculto sol de mi esfera, de su campo rebozada ninfa, deidad ignorada de su hermosa primavera. Vos me llamásteis, primero que á hablaros llegara yo, que no me atreviera, no, tan de paso y forastero. Con estilo lisonjero, áspid ya de sus verdores, no deidad de sus primores, desde entonces fuisteis; pues

áspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.

Dijisteisme que volviera
otra mañana á este prado,
y puntual mi cuidado
me trajo como á mi esfera:
no adelanté la primera
ocasion, porque bastante
no fué mi ruego constante
á que corriese la fé
(que adora lo que no ve)
ese velo de delante.

Viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo
lo que á vuestra luz no debo;
y así, á seguiros me atrevo,
que hoy he de veros, ó ver
quién sois.

MARC. Hoy no puede ser,
y así dejadme por hoy,
que yo mi palabra os doy
de que muy presto saber
podais mi casa, y entrar
á verme en ella.

CAL. Y á ella, (Á Silvia.)
doncella de esa doncella,
(la verdad en su lugar,
que yo no quiero infernar
mi alma) hay cosa que la obligue
á taparse?

SIL. Y si me sigue,
tenga por muy cierto...

CAL. ¿Qué?
SIL. Que me persigue, porque
quien me sigue, me persigue.

CAL. Ya sé el caso, vive Dios.
SIL. ¿Qué va que no le declaras?

CAL. Muy malditísimas caras
debeis de tener las dos.

SIL. Mucho mejores que vos.
CAL. Y está bien encarecido,
porque yo soy un cupido.

SIL. Cupido somos yo y tú.

CAL. ¿Cómo?
SIL. Yo el pido, y tú el cu.

CAL. No me está bien el partido.

MARC. Esto os vuelvo á asegurar
otra vez.

LIS. ¿Pues qué fianza
le dejais á mi esperanza
de las dos que he de lograr?

MARC. La de dejarme mirar. (Descúbrense.)

LIS. Usar de esa alevosía,
para turbar mi osadía,
ha sido traicion; pues ya
viéndoos, ¿cómo os dejara
quien sin veros os seguía?

MARC. Quedad, pues, de mi seguro,

que en breve tiempo sabreis
mi casa, y entenderéis
Cuánto serviros procuro.
Esto otra vez aseguro.

LIS. Ya en seguiros soy de hielo.

MARC. Y yo, sin algun recelo,
de que agradecida estoy,
por esta calle me voy.

LIS. Id con Dios.

MARC. Guárdeos el Cielo.

ESCENA II.

LISARDO y CALABAZAS.

CAL. ¡Linda tramoya, señor!
Sigámosla hasta saber
quién ha sido una mujer
tan embustera.

LIS. Es error,
Calabazas, si en rigor,
ella se recata así,
seguirla.

CAL. ¿Eso dices?

LIS. Sí.

CAL. Vive Dios, que la siguiera
yo, aunque hasta el infierno fuera.

LIS. ¿Qué me debe, necio, di,
de haber cuatro días hablado
conigo en este lugar,
para darla yo un pesar,
de quien ella se ha guardado?

CAL. Debe el haber madrugado
estos días.

LIS. Ya que estamos
solos, y que así quedamos,
sobre lo que podrá ser
tan recatada mujer,
discurramos.

CAL. Discurramos:
dime tú, ¿qué has presumido
de lo que has visto y notado?

LIS. De estilo tan bien hablado,
de traje tan bien vestido,
lo que he pensado y creído
es que esta debe de ser
alguna noble mujer,
que donde no es conocida,
disimulada y fingida,
gusta de hablar y de ver;

y por forastero, á mí y
para este efecto eligió.

CAL. Mucho mejor pienso yo.

LIS. Pues no te detengas, di.

CAL. Mujer que se viene así
á hablar con quien no la vea,
donde ostentarse desea
bachillera é importuna,
que me maten, sino es una

muy discretísima fea,
que por el pico ha querido
pescarnos.

- LIS. ¿Y si la hubiera
visto yo, y un ángel fuera?
CAL. ¡Vive Dios, que me has cogido!
La dama duende habrá sido,
que volver á vivir quiere.
LIS. Aun bien, sea lo que fuere,
que mañana se sabrá.
CAL. ¿Luego crees que vendrá
mañana?

- LIS. Si no viniere,
poco ó nada habrá perdido
la nécia esperanza mía.
CAL. El madrugar á otro día
¿Poca pérdida habrá sido?
LIS. El negocio á que he venido
á madrugar me ha obligado;
no lo debo á este cuidado.

ESCENA III.

Sala en casa de Don Félix.

*Dichos, DON FÉLIX como vistiéndose, y su
escudero Herrera.*

- CAL. Cerca de casa vivió,
pues de vista se perdió,
cuando á casa hemos llegado.
LIS. Y tarde debe de ser.
CAL. Sí, pues vistiéndose sale
quien á los dos nos mantiene,
sin ser los dos justas reales.
LIS. Don Félix, besóos las manos.
FEL. El Cielo, Lisardo, os guarde.
LIS. ¿Tan de mañana vestido?
FEL. Un cuidado que me trae
desvelado, no permite
que sosiegue ni descanse;
pero vos que os admiráis
de que á esta hora me levante,
¿no me dijisteis anoche
que á dar unos memoriales
habiais de ir á Aranjuez?
¿Pues cómo á Ocaña os tornásteis
desde el camino?
LIS. Si bien
me acuerdo, regla es del arte
que la pregunta y respuesta
siempre un mismo caso guarden;
y puesto que á mi pregunta
fue la respuesta mas fácil
un cuidado, de la vuestra,
otro cuidado me saque,
que es quien á Ocaña me vuelve.
FEL. ¿Apenas ayer llegásteis,
y hoy tenéis cuidado?

- LIS. Sí
FEL. Pues por obligaros, antes
que me obligéis á decirle,
este es el mio, escuchadme.
CAL. En tanto que ellos se pegan
dos grandísimos romances,
¿tendreis, Herrera, algo que
se atreva á desayunarme?
ESC. Vamos hácia mi aposento,
Calabazas, que al instante
que hayais vos entrado en él
no faltará algo fiambre. (Vánse.)

ESCENA IV.

DON FÉLIX y LISARDO.

- FEL. Bien os acordais de aquellas
felicísimas edades
nuestras, cuando los dos fuimos
en Salamanca estudiantes.
Bien os acordais tambien
del libre, el glorioso ultraje
con que de Venus y amor
traté las vanas deidades;
de su hermosura y sus flechas,
tan á su pesar triunfante,
que de rayos y de plumas
coroné mis libertades.
¡Oh, nunca hubieran, Lisardo,
luchado tan desiguales
fuerzas, porque nunca hubieran
podido los dos vengarse:
ó hubiera sido su golpe,
puesto que á todos alcance
por costumbre solamente,
flecha disparada al aire,
y no por venganza flecha,
bañada en venenos tales,
que salió del arco pluma,
corrió por el viento ave,
llegó rayo al corazon,
donde se alimenta áspid!
La primer vez que sentí
este golpe penetrante,
(que sabe herir sin matar,
y aun esto es lo que mas sabe)
en la juventud del año,
una tarde fué agradable
del Abril; pero mal dije:
al alba fué, no os espante
ser por la tarde y al alba;
que con prestados celajes,
si bien me acuerdo, aquel día
amaneció por la tarde.
Este, pues, como otros muchos,
por divertirme y holgarme,
salí á caza, y empeñado,
llegué de un lance á otro lance

al Real Sitio de Aranjuez, que como poco distante está de Ocaña, él es siempre nuestro prado y nuestro parque.

Quise entrar á sus jardines, sin saber que me llevase á ver lo que tantas veces habia visto, que esto es fácil todo el tiempo que no asisten al sitio sus Majestades.

En el de la Isla entré... ¡Oh, cómo, Lisardo, sabe la desdicha prevenirse, el daño facilitarse!

Pues, como la mariposa, que halagüenamente hace tornos á su muerte, cuando sobre la llama flamante las alas de vidrio mueve, las hojas de carmin bate, así el infeliz, llevado de su desdicha al exámen, ronda el peligro, sin ver quién al peligro le trae.

Estaba en la primer fuente, (que es un peñasco agradable, donde temiendo el diluvio de sus cruzados cristales, parece que van viniendo á él todos los animales) una mujer, recostada en la siempre verde margen de murta, que la guarnece, como cenefa ó engaste de esmeralda, á cuyo anillo es toda el agua diamante. Tan divertida en mirar su hermosura en el estanque estaba, que puse duda sobre si es mujer ó imágen, porque como ninfas bellas de plata bruñida hacen guarda á la fuente, tan vivas, que hay quien espere que hablen; y ella miraba tan muerta, que no pudo esperar nadie, que se pudiese mover.

La naturaleza al arte, me pareció que decia: «no blasones, no te alabes de que lo muerto desmientes, con mas fuerza en esta parte, que yo desmiento lo vivo, pues en lo contrario iguales, sé hacer una estátua yo, si hacer tú una mujer sabes, ó mira una alma sin vida, donde está con vida un jaspe.» Al ruido que entre las hojas

hice ¡ay de mí! por llegarme á mirarla de mas cerca, del éstasis agradable (no fuese de amor) volví con algun susto á mirarme. No me acuerdo si la dije, que ufana no contemplase tanta beldad, por el riesgo de ser de si misma amante; que donde hubo ninfa y fuente, no fué posible escaparme del concepto de Narciso. Ella, honestamente grave, sin responderme, volvió la espalda, y siguió el alcance de una tropa de mujeres, que andaba mas adelante, midiendo de los jardines, ya los cuadros, ya las calles, hasta que su pié llegó á hacer á todos iguales, porque al pequeño contacto, flores produjo fragantes tantas las arena, que ya no pudo determinarse si eran calles ó eran cuadros el jardin por todas partes, pues fueron rosas despues las que eran veredas antes. El traje que se vestia era un bien mezclado traje, ni bien de corte, ni bien de aldea, sino á mitades, de señora en el aliño, de aldeana en el donaire. En un airoso sombrero llevaba un rizo plumaje, á quien tuvieron accion la tierra despues y el aire, por el matiz ó la pluma, sobre si era flor ó ave. Seguila hasta que llegó á la cuadrilla, que errante coro tejido de ninfas, á los templados compases de hojas, pájaros y fuentes sonoramente suaves, cada paso era un festin, cada desuido era un baile. A todas las conocia, en fin, como naturales de Ocaña, y solo ignoré quién era de mis pesares la ocasion; que ya lo era, porque desde el mismo instante que la ví, sentí en el alma todo lo que hoy siento. Nadie diga que quiso dos veces, que aunque aquí mire, allí hable,

aquí festeje, allí escriba, aquí pierda, y allí alcance, no ha de querer mas que una; que no pueden ser iguales en el mundo dos afectos, si de una causa no nacen. De algunas de las que iban con ella, pude informarme de quien era, y hallé en ella mas calidad por su sangre, que por su beldad; la causa de no haberla visto antes, fué por haberse criado en la corte con su padre, hasta que á Ocaña se vino porque viva donde mate. No os digo que la serví feliz y dichoso amante, porque dichas que se pierden son las desdichas mas grandes. Solo digo que, obligada á mis finezas constantes, á mis servicios corteses, y á mis afectos leales, merecí que alguna noche por una reja me hablase de un jardin, donde testigos fueron de venturas tales la noche y jardin, que solo á los dos quise fiarme; porque al jardin y á la noche, que son el vistoso alarde, ya de flores, ya de estrellas, hiciera mal de negarles, á las unas lo que influyen, á las otras lo que saben; puesto que estrellas y flores siempre en amorosas paces, enlazadas unas de otras, eran terceras de amantes. Desta suerte, pues, teniendo la fortuna de mi parte, viento en popa del amor corrí los inciertos mares, hasta que, el viento mudado levantaron huracanes de una tormenta de celos montes de dificultades. Tormenta de celos dije; ved, si alguna vez amásteis, ¿qué esperanza hay del piloto? ¿qué seguro de la nave? Bien creereis, Lisardo, bien cuando así escuchéis quejarme de los celos, que soy yo quien los tiene: no os engañe el afecto de sentirlos desta suerte, porque antes soy quien los he dado, y ellos

son en sus efectos tales, que me matan dados, como temidos pueden matarme. ¡Oh! ¿A qué nacen los que á ser dados, ni tenidos nacen? Hay una dama en Ocaña, á quien yo, rendido amante, festejé un tiempo; esta, pues, por darme muerte y vengarse se ha declarado con ella, fingiendo finezas grandes, que á mi amor debe: ¡ay Lisardo! qué prontamente, qué fácil en los celos las mentiras sientan plaza de verdades! Con esto se ha retirado tal, que aun para disculparme no permite que la vea, no me deja que la hable. Mirad, pues, si este cuidado consentirá que descanse, cercado de tantas penas, cargado de tantos males, muerto de tantos disgustos, lleno de tantos pesares; y finalmente, teniendo sin culpa ofendido á un ángel, pues el padecer sin culpa es la desdicha mas grande.

Lis. Don Félix, aunque los celos, de quien así os quejais, basten á dar pesadumbre dados, en no ser tenidos, traen anticipado el consuelo; que el dolor es tan distante desde darlos á tenerlos, cuanto hay de ser un amante la persona que padece, ó la persona que hace. Con lástima empecé á oiros, cuando los celos nombrásteis; mas cuando dijísteis que eran engaños y no verdades, la lástima se hizo envidia; porque no hay gusto tan grande, cuando hay desengaño, como hacer damas y galanes, ó paces para reñir, ó reñir para hacer paces. Id á ver á vuestra dama; que yo sé, aunque mas se guarde, pues ella tiene los celos, que ella está en aqueste instante mas que vos desengañarla, deseando desengañarse.

ESCENA V.

Dichos, MARCELA y SILVIA abriendo una puerta, que estará cubierta con una antepuerta, y quédanse las dos detrás de ella.

MARC. Por esta puerta, que al cuarto de mi hermano, Silvia, sale, desde el mio á verle vengo, porque aunque él esté ignorante de que he salido hoy de casa, con esto he de asegurarle.

SILV. Detente, que está con él el tal huésped, y ya sabes que no quiere mi señor que llegue á verte ni hablarte.

MARC. Y aun esa fué mi desdicha; oigamos desde esta parte.

LIS. Y si en tanto que este gusto llega, quereis que yo trate de divertirlos, pues fué concierto que os escuchase un cuidado, y que os dijese el mio, oidme, escuchadme.

MARC. Oye.

LIS. Despues que troqué el hábito de estudiante al de soldado, la pluma á la espada; la suave tranquila paz de Minerva al sangriento horror de Marte, la escuela de Salamanca á la campaña de Flandes; y despues, en fin, que hube (sin valedor que me ampare) merecido una gineta, premio á mis servicios grande, por haberme reformado entre otros capitanes, ya la campaña acabada, (que no me viniera antes) pedí licencia, y partí á España, por ver si honrarme merezco el pecho con una de las cruces militares, que sobre el oro del alma son el mas noble realce. Con esta pretension vine, y su magestad, que guarde el Cielo, para que sea Fenix de nuestras edades, remitió mi memorial, á tiempo que á desahogarse de molestias cortesanas, vino á Aranjuez, admirable dosel de la primavera; mas qué mucho que se alabe de serlo, si la mas bella,

la mas pura, mas fragante flor, la flor de lis, la reina de las flores, trás sí trae cuantas á envidia del sol, rayos brillan, luz esparcen? Seguí la corte, traído mas de mi afecto constante, que de mi necesidad, porque de ministros tales hoy el rey se sirve, que no es al mérito importante la asistencia, porque todos acudir á todo saben; gracias al celo de aquel con quien el peso reparte de tanta máquina, bien como Alcides con Atlante. Llegué, en efecto, á Aranjuez, donde vos me visitásteis en una posada; y viendo tan incómodo hospedaje, como tienen en los bosques escuderos y pleiteantes que me viniese con vos á Ocaña me aconsejásteis; pues los dias de la audiencia, dos leguas era tan fácil andarlas por la mañana, y volverlas por la tarde. Yo, por vuestro gusto, mas que por mis comodidades, obedecí. Todo esto ya vuestra amistad lo sabe; pero importa haberlo dicho, para que de aquí se enlace la mas estraña novela de amor, que escribió Cervantes.

MARC. Aquí entro yo ahora.

LIS. Un dia, que madrugó vigilante, por llegar antes, que el sol nuestro horizonte rayase, junto á un convento, que está de Ocaña poco distante, entre unos álamos verdes ví una mujer de buen aire; saludéla cortesmente, y ella, antes que yo pasase, por mi nombre me llamó. Volví en oyendo nombrarme, y diciendo á Calabazas, que con el rocín me aguarde, llegué, diciendo: «Dichoso el forastero á quien saben el nombre las damas.» Y ella con mas cuidado en taparse, me respondió á media voz: «Caballero de esas partes no es forastero en ninguna.»

Y añadió favores tales,
que me obliga la vergüenza,
por mí mismo, á que los calle;
porque no sé cómo hay hombres
tan vanos, tan arrogantes,
que de que ha habido mujeres
que los buscaron, se alaben.

SILV. El cuenta nuestro suceso.

MARC. ¡Oh, quién pudiera estorbarle,
antes que en Félix las señas
alguna malicia causen!

FEL. Proseguid.

LIS. Ella en efecto,
siempre embozado el semblante,
me despidió con decirme
que como no examinase
quién era, ni la siguiese,
otro día estaria á hablarme.
Seis veces, pues, corrió al sol
las cortinas orientales,
sumiller del alba, y seis
tapada hallé entre unos sáuces
esta mujer; yo enfadado
de recato semejante,
determiné de seguirla
hoy, cuando á Ocaña tornase;
pero no pude, porque,
volviendo ella por instantes,
me vió, y no quiso pasar
de la vuelta de esta calle.

FEL. ¿Desta calle?

LIS. Y á la cuenta
vive hácia aquí, que al instante
la perdí de vista. Aquí
me dijo que la dejase
otra vez, porque su vida
aventuraba mi exámen.

FEL. ¡Extraña mujer!

MARC. Ya es fuerza,
que las señas me declaren.

FEL. Proseguid.

LIS. Yo, pues...

ESCENA VI.

Dichos y CELIA con manto.

CEL. ¿Don Félix,
podrá una mujer aparte
hablaros?

FEL. ¿Pues por qué no?

MARC. ¡Oh á qué buen tiempo llegaste,
mujer ó ángel para mí!

FEL. Luego irá el cuento adelante;
permitted ahora, por Dios,
que con esta mujer hable,
que es criada de la dama
que os dije.

LIS. Pues que me maten
si ello no es lo que yo he dicho;

ved el recado que os trae,
y adios, porque para estotro
no importa que tiempo falte.

ESCENA VII.

CELIA, FÉLIX, MARCELA y SILVIA al paño.

CEL. No te admires ni te espantes
que no me atreva á venir
á verte, porque si sabe
mi señora que te he visto,
no habrá dúa que me mate.

FEL. ¿Tan cruel conmigo está?

CEL. Viniendo yo hácia esta parte
á un recado, no he querido
dejar de verte y hablarte.

FEL. ¿Y qué hace tu hermoso dueño?

CEL. Sentir es lo que mas hace
tu ingratitude

FEL. Plegue á Dios,
si la ofendí, que él me falte.

CEL. ¿Por qué á ella no se lo dices?

FEL. Porque no quiere escucharme.

CEL. Si tú hubieras de callar,
yo me atreviera á llevarte
donde la hablaras.

FEL. ¡Ah Celia!
no habrá mármol que así calle.

CEL. Pues vente ahora conmigo,
yo haré una seña, si sale
mi señor, y dejaré
la puerta abierta; tú entrarte
hasta su cuarto podrás.

FEL. Dásmeme nuevo aliento, dásmeme
nueva vida.

CEL. Aquesta es
la hora mejor; mas no aguardes:
vente trás mí.

FEL. Tras tí voy.

CEL. ¡Ay, bobillos, y qué fácil (Aparte.)
á la casa de su dama
es de llevar un amante!

ESCENA VIII.

MARCELA y SILVIA.

MARC. Yo salí de lindo susto.

SIL. ¿Pues cómo afirmas que sales?
si luego han de verse, luego
proseguirá el cuento.

MARC. Antes
lo habré remediado.

SIL. ¿Cómo?

MARC. Escribiéndole que calle,
hasta que se vea conmigo,
y esto ha de ser esta tarde.

SIL. ¿Declarada por quien eres?

MARC. ¡Jesus, el cielo me guarde!

SIL. ¿Pues qué has de hacer?

MARC. ¿No es mi hermano de Laura, mi amiga, amante? ¿no sabe lo que es amor? pues hoy he de declararme con ella, y hoy has de ver, Silvia, el mas extraño lance de amor, porque yo fingida;... pero no quiero contarle, que no tendrá despues gusto el paso contado antes.

ESCENA IX.

Sala en casa de FABIO.

LAURA y FABIO.

FAB. Notable es la tristeza que el rosicler turbó de tu belleza: ¿qué tienes estos dias, [colias que entregada ¡ay de mí! á melancolias, á todas horas triste suspiras y rendida lloras?

LAU. Si yo, señor, supiera la causa de mi mal, (á Dios pluguiera, no la supiera tanto), (Aparte.) el consuelo mayor, menor el llanto fuera, pues fuera entonces el sabella el primer aforismo de vencella: pero la pena mia es, señor, natural melancolía; y así, el efecto hace, sin que llegue á saber de lo que nace; que esta distancia dió naturaleza en la melancolia y la tristeza.

FAB. No sé lo que te diga, sino que á tanto tu dolor obliga, que rigoroso y fuerte, padeces tú el dolor y yo la muerte; pues ya vivir no espero, mientras tan triste á tí te considero.

ESCENA X.

LAURA.

LAU. ¿Qué haré yo, que rendida, á pesar de mi vida, vivo? ¿Qué es esto, cielos? [celos: mas bien se deja ver que estos son porque una ardiente rabia, que el sentimiento agravia; una rabiosa ira, que la razon admira; un compuesto veneno, de que el pecho está lleno; una templada furia, que el corazon injuria;

[mal, qué fiera, ¿qué áspid, qué mónstruo, qué ani-

qué veneno y qué ira, que no fuera compuesta de tan varios desconsuelos la hidra de los celos? pues ellos solos son á quien los mira, furia, rabia, veneno, injuria é ira. ¡Oh quien antes supiera aquella voluntad, Félix, primera tuya, que no empeñara tanto la mia, que hasta el fin llegara; pues aunque no sabia [vivia: de amor, cuando tan libre ¡ay Dios! tampoco no ignoraba, acababa. que tarde ó nunca el que lo fué se Quiere á Nise en buen hora, pero déjame á mí morir.

ESCENA XI.

LAURA y CELIA como quitándose el manto.

CEL. ¿Señora?

LAU. ¿Celia, qué hay?

CEL. Que he hecho mi papel, y sospecho que no muy mal; ¡así tu beldad viva! entré en su casa, dijele que iba á un recado, y que acaso pasando por su calle, aunque de paso, le quise ver: con un suspiro entonces [ces,

que ablandara los mármoles y bronce me preguntó por tí turbado y ciego: encarecíle luego tu enojo, y que si acaso tú supieras [dieras;

que le habia ido á ver, muerte me y como que salia de mí, le dije ¿porqué no venia por instantes á darte satisfacciones, y desenojarte? Dijo, que porque estabas tal, que no le escuchabas: dijele que viniera, [pusiera,

que yo, aunque á tanto riesgo me hasta tu mismo cuarto le entraria con tal que no dijese en algun dia que yo le habia traído: juró el secreto, y muy agradecido, el caso se concierta, y está esperando enfrente de la puerta [en casa

la seña, voyla á hacer, pues no está mi señor: esto es todo lo que pasa.

ESCENA XII.

LAURA.

LAU. Llámale, pues, que aunque de Nise [creo los celos que me da, tanto deseo

ver como se disculpa,
que quiero hacerle espaldas á la culpa;
pues la que mas celosa
se muestra, mas colérica y furiosa,
mas entonces desea
satisfacciones, aunque no las crea,
que es dolor el de celos tan extraño,
que se deja curar aun del engaño,
pues cuando el desengaño no consiga,
conseguiré á lo menos que él lo diga.

ESCENA XIII.

LAURA, CELIA y FÉLIX.

CEL. Fuera está de casa Fabio,
mi señor, el tiempo es este
mejor para entrar á hablarla.

FEL. Vida y ventura me ofreces.

CEL. Disimula, que llamado
de mí, á entrar aquí te atreves.
Señor Don Félix ¿qué es esto?
¿cómo os entraís?

FEL. Celia, tente.

CEL. ¿Hasta aquí?

FEL. Celia, por Dios,
que calles.

LAU. ¿Qué ruido es ese?

CEL. ¿Qué ha de ser, que hasta esta sala
se ha entrado el señor Don Félix,
sin mirar, sin advertir,
que si acaso ahora viniese
mi señor, tú...

LAU. Caballero,
¿pues qué atrevimiento es este?
¿Cómo en mi casa, en mi cuarto,
os entraís de aquesta suerte?

FEL. Como quien morir desea
nada mira, nada teme;
y si mi muerte ha de ser
venganza de tus desdenes,
quiero morir á tus ojos,
por hacer feliz mi muerte.

LAU. Tú tienes la culpa de esto.

CEL. ¿Yo, señora?

LAU. Si tuvieses
cerrada esa puerta tú.

CEL. Cerrada estaba.

FEL. No tienes
que reñir á Celia, que ella
de mi error ¿qué culpa adquiere?
yo solo tengo la culpa,
reñeme á mi solamente,
castígame solo á mí,
sino es ya que á reñir llegues
á Celia por la costumbre
con que la inocencia ofendes.

LAU. Dices bien, error es mío,
de que me he dejado siempre

llevar, pues no habiendo tú
escrito á Nise papeles,
no habiendo entrado en su casa,
y no habiendo ella ido á verte
á la tuya, yo cruel,
colérica é impaciente,
inocente te persigo,
que eres tú muy inocente.
Y siendo así que yo soy
tan desigual, tan alevé,
tan injusta, tan mudable,
¿qué me buscas? ¿qué me quieres?

FEL. Solo quiero persuadirte
al engaño que padeces
de tus celos.

LAU. ¿Quién te ha dicho
que yo tengo celos, Félix?

FEL. Tú misma te contradices.

LAU. ¿De qué suerte?

FEL. De esta suerte:
ó tienes celos, ó no:
si dices que no los tienes,
¿para qué finges enojos,
Laura, de lo que no sientes?
Si los tienes, ¿por qué, Laura,
desengañarte no quieres,
pues ninguno al desengaño
celoso la espalda vuelve?
Luego para disculparme,
ó para satisfacerte,
si los tienes has de oirme,
ó hablarme si no los tienes.

LAU. Si fuera argumento tal
que negarse no pudiese
quien está enojada, está
celosa, muy sutilmente
arguyeras; mas si no
se sigue precisamente,
pues puedo estar enojada,
sin que á estar celosa llegue,
ni yo tengo que escucharte,
ni tú que decirme tienes.

FEL. Pues ¡vive Dios! que has de oirme
antes que de aquí me ausente,
celosa ó quejosa.

LAU. ¿Iráste, si te oigo?

FEL. Sí.

LAU. Pues dí, y vete.

FEL. Negarte que yo he querido,
Laura, á Nise.

LAU. Oye, detente;
¿y es estilo de obligarme,
modo de satisfacermé,
decirme, cuando aguardaba
mil rendimientos corteses,
mil finezas amorosas,
fuesen verdad ó no fuesen,
(que hay duelos de amor adonde
queda bien puesto el que miente),

- decirme en mi misma cara que á Nises has querido? Advierte, que, con lo mismo que piensas que desenojas, ofendes.
- FEL. Si no me oyes hasta el fin...
 LAU. ¿De esto disculparte puedes?
 FEL. Sí.
 LAU. ¡Plegue á amor! (Aparte.)
 FEL. Oye, pues.
 LAU. ¿Iraste?
 FEL. Sí.
 LAU. Pues dí, y véte.
 FEL. Negarte que yo he querido, Laura, á Nise, fuera error: mas pensar tú que este amor es como el que te he tenido, mayor error, Laura, ha sido; pues si á Nise un tiempo amé, no fué amor, ensayo fué de amar tu luz singular, que, para saber amar á Laura, en Nise estudié.
- LAU. A ciencias de voluntad las hace el estudio agravio; pues amor, para ser sabio, no va á la Universidad; porque es de tal calidad, que tiene sus libros llenos de errores propios y ajenos; y así, en su ciencia verás, que los que la cursan más, son los que la saben menos.
- FEL. Pues explíqueme mejor otro ejemplo: nace ciego un hombre, y discurre luego cómo será el resplandor del sol, planeta mayor, que rumbos de zafir gira; y cuando por fé le admira, cobra en una noche bella la vista; y es una estrella la primer cosa que mira. Admirando el tornasol de la estrella, dice: «Sí, este es el sol: que yo así tengo imaginado al sol»; pero, cuando su arrebol tanta admiracion le ofrece, sale el sol, y le oscurece: pregunto yo: ¿ofenderá una estrella que se va, á todo un sol que amanece? Yo así, que ciego vivía de amor, cuando no te amaba, como ciego, imaginaba cómo aquel amor sería: adoraba lo que vía, presumiendo que era así el amor; mas ¡ay de mí! que no ví al sol, ví una estrella, y entretúveme con ella hasta que el sol mismo ví.
- LAU. Eso no: pues si me doy por entendida contigo, que Nise fué mi sol digo, y que yo su estrella soy: pruébolo: pues si yo estoy contigo la noche fria, y ella de dia te envía á llamar, y estás con ella, ¿quién será el sol ó la estrella? ¿cuva es la noche ó el dia?
- FEL. ¡Vive Dios, Laura, que son engaños tuyos; y plegue al Cielo que, si la he visto, que un rayo me dé la muerte, desde que á Ocaña viniste! ¿Qué mas desengaños quieres de lo que cuenta de mí, que escuchar que ella lo cuente; pues es el mayor desaire del duelo de las mujeres, confesar sus celos, donde lo escucha de quien los tiene?
- LAU. Yo sé que han sido verdades, y no engaños aparentes.
- FEL. ¿De qué lo sabes?
 LAU. De que es mal que á mí me sucede, y no puede ser mentira: porque de los males suele decirse, Félix, que fueron astrólogos escelentes, porque siempre adivinaron, y dijeron verdad siempre.
- FEL. Por lo menos ya confiesas que son celos y los sientes.
- LAU. Si me estás dando tormento, ¿es mucho que los confiese?
- FEL. Si tanto aprietan fingidos, ciertos. ¿Qué...?
- CEL. Mi señor viene.
 LAU. Vete por aquea puerta de esotro cuarto; pues tiene puerta á la calle.
- FEL. Dí, ¿cómo quedamos?
 LAU. Como quisieres.
 FEL. Yo querré desnojada.
 LAU. A verme esta noche vuelve; que quiero verte esta noche, aunque de Nise me acuerde.
- FEL. ¡Ay, Laura, cuanto te engañas!
 LAU. ¡Ay, cuánto me agravias, Félix!
 CEL. ¡Ay, cuánto nos sirve una casa que dos puertas tiene!

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Fabio.

ESCENA PRIMERA.

LAURA CELIA *por una puerta, y por otra*
MARCELA *con manto; y el ESCUDERO.*

LAU. Tú seas muy bien venida
á esta casa.

MARC. Y tú seas,
amiga, muy bien hallada.

LAU. Con tal visita, ya es fuerza
que lo esté.

MARC. Yo pienso antes,
que te has de hallar mal con ella;

que vengo á darte un cuidado,

LAU. Yo le tengo hasta que sepa
en qué te puedo servir:
llega aquesas sillas, Celia,
que aquí estaremos mejor
que en el estrado.

ESCU. Quisiera
saber á qué hora vendré.

MARC. Al anochecer, Herrera,
podrá venir.

ESCU. El sereno
á esa hora tiene mas fuerza.

ESCENA II.

Dichas, menos el ESCUDERO.

MARC. Mi amiga eres, Laura hermosa,
á quien dió naturaleza
noble sangre, claro ingenio:
pues ¿de quién con mas certeza
me fiaré, que de quien es
mi amiga, noble y discreta?

LAU. Con tan grandes prevenções
la proposición empiezas,
que ya, mas que tú decirla,
estoy deseando saberla.

MARC. ¿Estamos solas?

LAU. Sí estamos.

Celia, salte tú allá fuera.

MARC. No importa que Celia lo oiga.

LAU. Prosigue pues.

MARC. Oye atenta.

Mi hermano Don Félix, Laura,
por amistad que profesan

él y un noble caballero

desde sus edades tiernas,

le trajo á casa estos dias,

de Aranjuez, sagrada esfera

del cuarto Felipe, cifra

la luz del cuarto planeta.

Este hospedaje, en efecto,

fué con tan vana advertencia,

que, para traerle á casa,

la primer cosa que ordena,

es que retirada yo

á un cuarto pequeño de ella,

les deje á los dos el mio,

y que tal recato tenga,

que escondida siempre dél,

ni alcance, Laura, ni tienda

que vivo en casa; que así

(¡mas qué acción tan poco atenta!)

pensó sanear la malicia

de que Ocaña no dijera,

que traía á casa un huésped

tan mozo, teniendo en ella

una hermana por casar;

y fué aquesto de manera,

que retirada á este cuarto

que te he dicho, aun una puerta

que sale al cuarto de Félix

(porque nunca presumiera

que habia mas casa) la hizo

cubrir con una antepuerta:

y por ella á aderezarle

sola Silvia sale y entra.

Dejemos, pues, á Lisardo,

que sin que jamás entienda

que hay mujer en casa, vive con este descuido en ella. Dejemos tambien á Félix, que con esto solo piensa que curó en salud el daño de que me hable y que me vea; y vamos á mí, que viendo la prevencion con que intenta mi hermano ocultarme, hice de la prevencion ofensa; porque no hay cosa que tanto desespere á la mas cuerda, como la desconfianza. ¡Cuánto ignora, cuánto yerra en esta parte, el honor! que es como el que olvidar piensa una cosa, que el cuidado de olvidarla es quien la acuerda: es como el que, desvelado, se quiere dormir por fuerza, que llamando al sueño, es el sueño quien le despierta; y es como el que halla en un libro borradas algunas letras, que por solo estar borradas, le da mas ganas de leerlas. Este recato, en efecto, en Félix, mi hermano; esta curiosidad, Laura, en mí, ó este destino en mi estrella, despertaron un deseo de saber si el huésped era, como gallardo, entendido: cosa que quizá no hiciera á no habérmelo vedado; que, en fin, la culpa primera de la primera mujer esto nos dejó en herencia. Y para poder mejor hablarle, sin que supiera quién era la que le hablaba, fuí una mañana á esas huertas, paso de Aranjuez, por donde habia de pasar por fuerza. Llaméle, pensando, Laura, que el hablarle no tuviera mayor empeño que hablarle por curiosidad ó tema. Mas ¡ay, que es fácil la entrada, cuanto difícil la vuelta del mas hermoso peligro! Dígalo el mar, desde afuera, convidando con la paz á cuantos á verle llegan, cuando jugando las ondas unas con otras se encuentran; pues el que mas confiado pisó su inconstante selva, ese lloró mas perdido

la saña de sus ofensas. Yo así, apacible juzgué el mar de amor; pero apenas reconocí sus halagos, cuando sentí sus violencias. Pensarás que este cuidado solo alcanza, solo llega á hallarme hoy enamorada: pues mas mal hay que el que piensas; porque de amor y de honor estoy corriendo tormenta. Hoy, pues, Lisardo á Don Félix (que yo, detrás de la puerta que te he dicho, lo escuchaba) de todo le daba cuenta, si (no importa declararme) no se lo estorbára Celia. Doblada quedó la hoja, y temo que por las señas del rostro, que ya me vió Lisardo, ó por la cautela con que le hablé, ó por haber seguidome hasta tan cerca de casa, puedan en Félix moverse algunas sospechas; y así, antes que el discurso á enlazarse, Laura, vuelva, me importa hablar á Lisardo; para cuyo efecto, queda Silvia ya con un papel, en que le digo que venga á verme á esta casa, donde yo he de estar...

LAU. Detente, espera; que has usado neciamente, Marcela, de la licencia de la amistad: pues primero que á ese Lisardo escribieras, ni á mi casa le llamaras, debieras mirar, debieras advertir, desde la tuya los inconvenientes desta.

MARC. Ya, Laura, los he mirado, sin que corran por tu cuenta.

LAU. ¿De qué manera? si yo...

MARC. Escucha de qué manera: tu casa tiene dos cuartos, y del uno cae la puerta á otra calle; á Silvia dije que le trajese por ella: de suerte que entrando, Laura, por donde saber no pueda, en fin, como forastero, si es casa tuya, ¿qué arriesgas?

LAU. Arriesgo el que lo pregunte, y lo que hoy no sabe, sepa mañana, y piense que yo soy la tapada.

MARC. Que adviertas,

te pido, que yo he de estar de visita y descubierta, como si fuera mi casa, dentro de la tuya mesma.

LAU. Cuando el verte á tí me libre á mí con esa cautela, ¿cómo me podré librar del peligro de que venga mi padre, y halle aquí un hombre?

MARC. ¿Luego ha de venir por fuerza hoy; y luego han de cogernos en el primer hurto? Esta fineza has de hacer por mí, pues es tan digna fineza de tu sangre y mi amistad.

LAU. ¡Oh, quién decirla pudiera (Aparte.) el tercer inconveniente; pues no es el de menor pena, que acierte á venir Don Félix, y me halle á mí hecha tercera de su hermana y de su amigo!

ESCENA III.

Dichas, y SILVIA con manto.

SILV. A Ocaña he dado mil vueltas hasta hallarle.

MARC. Silvia, ¿qué hay?

SILV. Que dí tu papel, y apenas le leyó, cuando trás mí vino, y queda ya á la puerta que me dijiste.

MARC. Ya, Laura, no hay como escusarte puedas.

LAU. De mala gana te sirvo en esto.

MARC. Quítame, Celia, este manto; llama, Silvia, (Váse Silvia) tú á Lisardo; y tú no quieras verle, que eres muy hermosa para criada.

LAU. Ya quedas hecha dueña de mi casa, Marcela, mira por ella. ¡Oh á qué de cosas se obliga (Aparte.) quien tiene una amiga necia!

ESCENA IV.

MARCELA *y por otra puerta SILVIA con LISARDO.*

SILV. Esta es la casa, señor, de aquella dama encubierta, que ya descubierta veis.

LIS. ¿Quién vió dicha como esta?

MARC. Estaríades, señor Lisardo, muy olvidado

de que iria mi cuidado á buscaros.

LIS. Mi temor confieso, y que la esperanza desta ventura perdí; que siempre andar juntos ví fortuna y desconfianza.

MARC. Aunque es verdad que pudiera hoy, por el gusto de hablaros, señor Lisardo, llamaros á mi casa, no lo hiciera, á no tener que reñiros un descuido contra mí.

LIS. ¿Descuido contra vos?

MARC. Sí, de que me importa advertiros. LIS. Si vos misma disculpais mi ignorancia con que ha sido descuido mal advertido, ya importa que le digais, porque no vuelva á incurrir en lo que ignorante estoy.

MARC. ¿A quién empezásteis hoy nuestro suceso á decir, que os estorbó una criada la relacion?

LIS. Ya os entiendo, y aunque pueda, no pretendo satisfaceros en nada; porque mujer que de mí, donde no soy conocido, tanta noticia ha tenido; mujer que se guarda así de un hombre de quien yo soy amigo; mujer que tiene criada en su casa, que viene con las nuevas que le doy... harto, callando, la digo, harto con irme la nuestro; porque antes, que galan vuestro, fuí de Don Félix amigo.

MARC. Habeis sin duda pensado, por las nuevas que yo os doy, que dama de Félix soy; pues estais muy engañado; y esto me habeis de creer, si algo cree quien dice que ama, que no solo soy su dama, mas que no lo puedo ser.

LIS. Si los principios negais, mal argumento teneis. ¿De quién mi nombre sabeis, y de mí informada estais? ¿De quién, pues, habeis sabido (decir puedo en un momento) lo que en su mismo aposento á los dos ha sucedido?

MARC. Para que aquí se concluya lo que á dudar os obliga,

sabed que yo soy amiga de una hermosa dama suya. Esta, hablando pues conmigo en Félix, nuevas me dió de vos, porque en vos habló, como de Félix amigo; y aunque él es tan caballero, en nadie un secreto cupo mejor que en quien no le supo; y así suplicaros quiero que á Don Félix no le deis, señor, mas señas de mí, ni le digais que yo os ví, ni que mi casa sabeis; porque me van, en rigor, á una sospecha creida, hoy por lo menos la vida, y por lo mas el honor.

LIS. Bien pensareis que ha cesado de mis dudas la razon, y antes mayor confusion es la que me habeis dejado; porque si no sois...

ESCENA V.

Dichos y CELIA.

CEL. Señora.
 MARC. ¿Qué hay, Celia?
 CEL. Que mi señor viene por el corredor.
 MARC. Esto me faltaba ahora: (Ap. á Cel.) ¿podrá salir?
 CEL. No; que viene por la puerta que él entró: (Ap. á Marc.) y saber que hay otra, no es posible, ni conviene; hasta aqui entra ya.
 LIS. ¿Qué haré?
 CEL. Esconderos es forzoso en esta cuadra.
 LIS. Dudoso estoy.
 MARC. Presto, que si os ve...
 LIS. ¡Vive Dios, que estoy perdido! (Escóndese en un aposento).

ESCENA VI.

Escóndese en un aposento, y sale LAURA.

MARC. Cercada de penas muero.
 LAU. ¿Ves, Marcela? en el primero hurto, al fin nos han cogido; ¡en buena ocasion me has puesto!
 MARC. ¿Quién pudiera prevenir, que ahora hubiese de venir tu padre?

ESCENA VII.

Dichos y FABIO.

FAB. Celia, ¿qué es esto? esta puerta ¿cuándo abierta suele, por dicha, tener?
 LAU. Vinome Marcela á ver, y por estar esa puerta la mas cerca de una casa adonde ella estaba, yo la hice abrir; por ella entró, y quedóse así: esto pasa.
 FAB. Perdonad, bella Marcela; que como la luz del dia ya se va á poner, no os via.
 LAU. ¡Gran daño el alma recela! (Aparte.)
 CEL. ¡Qué confusion! (Aparte.)
 SIL. ¡Qué temor! (Aparte.)
 MARC. Yo, habiendo ahora sabido la tristeza que ha tenido Laura, me traje mi amor á verla, y ver si merezco de sus penas consolar la tristeza y el pesar.
 LAU. Son tantas las que padezco, que me añade mas dolor el remedio prevenido; y antes pienso que has venido á hacermele tú mayor, que crece con el remedio este accidente.
 FAB. No sé qué te diga, ni sabré hallar á tus males medio. Hola, traed luces aquí.

ESCENA VIII.

Dichos y CELIA con luces, pónelas sobre un bufete, y sale HERRERA.

CEL. Ya aquí las luces están.
 ESC. Las ocho y media serán, ¿Habemos de irnos de aqui esta noche, pues que ya ha anochecido, señora? ¿No es de recogernos hora?
 MARC. Pena el dejarte me da, (Ap. á Laura.) Laura, con este cuidado, pero excusarle no puedo.
 LAU. Yo, en fin, á pagar me quedo (Ap. á Marcela.) las culpas que no he pecado.
 MARC. ¿Qué puedo hacer? ¡Ay de mí! Dame licencia.
 FAB. Yo iré sirviéndoos.
 MARC. No hay para qué

me trateis, señor, así;
quedad con Dios.

LAU. Mejor es (Ap. á Marc.)

dejarle ir, para que pueda
irse este hombre que quedo.

FAB. Yo tengo de ir con vos.

MARC. Pues

me honrais tanto, replicar
á vuestra gran cortesía,
pareciera grosería.

FAB. La mano me habeis de dar.

MARC. Sois tan galan, que no puedo
negaros ese favor.

ESCENA IX.

Laura y CELIA.

LAU. ¿Hay, Celia, pena mayor,
que la pena con que quedo?
¿Quién creerá que yo, encerrado
aquí tengo un hombre, que
no conozco? Y si me ve,
¿quedará desengañado
de que Marcela no ha sido
el dueño de aquesta casa?

CEL. Toda cuanto aquí nos pasa
fácil enmienda ha tenido
con irse ahora mi señor;
retírate tú de aquí:
yo le sacaré de allí,
sin que pueda del error,
en que está, desengañarse;
pues él sin veros se irá
ni á tí ni á Marcela.

LAU. Ya
solo falta efectuarse;
la puerta abre; mas detente,
que parece que he sentido
en esta sala ruido.

CEL. Ya es otro el inconveniente.

ESCENA X.

Dichos y FÉLIX.

FEL. Apenas la sombra fria
tendió, Laura, el manto negro,
capa de noche que viste
para disfrazarse el cielo,
cuando á tu puerta me hallaron
las estrellas, que el deseo
tanto anticipa las horas,
que á verte á estas horas vengo;
haciendo tiempo en tu calle,
porque no se pierda el tiempo,
vi que mi hermana salía
de tu casa; y advirtiendo
que tu padre la acompaña,

á entrar hasta aquí me atrevo;
porque las paces de hoy
me tienen con tal contento,
que no quise dilatar
solo un instante, un momento,
el verte desenojada.

LAU. Pues no haces bien, si es que advierto
que un enojo apenas quitas,
cuando otro vas disponiendo:
¿tanto podía tardar
(apenas á hablarle acierto)
en recogerse la casa,
que temerario y resuelto
te entras aquí, sin mirar
que ha de volver al momento
mi padre?

FEL. Solo he querido
que sepas, Laura, que espero
en la calle á que sea hora
para hablarte; porque luego
no digas que de otra parte
vengo, cuando á verte vengo;
en la calle, pues, estoy.

LAU. Eso sí; vuélvete presto,
que al punto que se recija
mi padre, hablarnos podremos
mas despacio; no me tengas
con tanto susto, que creo
que sospechoso (¡ay de mí!)
está ya del amor nuestro;
tanto, que á esa puerta falsa
la llave ha quitado (esto
digo, por asegurar
el paso al que está acá adentro)
y anda todos estos dias
á casa yendo y viniendo.

FEL. Por quitarte ese temor,
me voy y en la calle espero.

FAB. (Dentro.) Hola, bajad una luz.

LAU. El vieneya.

CEL. Dicho y hecho.

(Toma Celia una luz y váse.)

ESCENA XI.

Dichos menos CELIA.

FEL. Si de esotra puerta dices
que quitó la llave, es cierto
que no hay por donde salir:
y así en aqueste aposento
me esconderé.
(Va á entrar donde está Lisardo, y se pone
delante Laura.)

LAU. Aguarda, espera;
que no has de entrar aquí dentro.

FEL. ¿Por qué?

LAU. Porque siempre aquí
está mi padre escribiendo

- mucha parte de la noche.
FEL. ¡Vive Dios que no es por eso!
porque, al entreabrir la puerta,
he visto un bulto allá dentro.
LAU. Mira...
FEL. Aquí ¿qué hay que mirar?
LAU. Advierte...
FEL. Ya nada temo.
LAU. Que entra ya mi padre.
FEL. ¡Ay triste,
en qué gran duda estoy puesto!
Si aquí hago alboroto, á Fabio
de sus ofensas advierto;
si callo, sufro las mias.

ESCENA XII.

Dichos y FABIO.

- FAB. Vos aquí, Félix, ¿qué es esto?
LAU. Mira, por Dios, lo que haces, (Aparte.)
pues, en quien es caballero,
el honor de las mujeres
siempre ha de ser lo primero.
FEL. (Es verdad: disimular. (Aparte.)
tomo por mejor acuerdo,
si celos se disimulan.)
Buscando á mi hermana vengo,
(A Fabio.)
que me dijeron que aquí
estaba.
FAB. Ya yo la dejo
en su casa, y vengo ahora
de servirla de escudero.
LAU. Eso es lo mismo que yo
le estaba, señor, diciendo.
FEL. Dios os guarde por la honra
que á mi hermana la habeis hecho.
FAB. Ella os espera ya en casa.
FEL. No sé ¡ay Dios! lo que hacer debo.
(Aparte.)
estarme aquí, es necesidad;
irme, si aquí un hombre dejo,
es desaire; alborotar
aquesta casa, desprecio;
pues esperarle en la calle,
si hay dos puertas, ¿cómo puedo
yo solo? ¡Oh quien á Lisardo,
que es mi amigo verdadero,
consigo hubiera traido!
Mas ya he pensado el remedio.
Quedad con Dios.
FAB. Él os guarde.
FEL. Hoy he de ver, ¡vive el Cielo!
si es verdad que la fortuna
ayuda al atrevimiento.
(Don Félix se va muy aprisa, Fabio llega
hasta la puerta con él, Celia despues toma
una luz y se va; Fabio toma otra luz.)

ESCENA XIII.

FABIO y LAURA.

- FAB. Alumbra, Celia, á Don Félix;
Laura, éntrate tú acá dentro,
que tengo que hablar á solas
contigo.
LAU. Otro susto, ¡cielos! (Aparte.)
mi padre, ¿qué me querrá?
Laura, ¿en qué ha de parar esto?
(Vánse.)

ESCENA XIV.

*CELIA con la luz que llevó, como con temor,
y LISARDO.*

- CEL. Sin esperar que bajara
á alumbrarle, en un momento
se me desapareció Félix.
Bien se deja ver su intento,
que es de dar presto la vuelta,
á la calle; mas primero
que él llegue, ya habrá salido
estotro, que en su aposento
está mi señor con Laura.
No hay que esperar: caballero,
en gran confusion estamos
por vos.
LIS. Ya sé lo que os debo,
que aunque he entendido muy poco
del caso, porque aquí dentro
llegaban muertas las voces,
he entendido, por lo menos,
los empeños de esta casa.
CEL. Vamos de aquí.
LIS. Vamos presto.
CEL. Salga él una vez de casa, (Aparte.)
y mas que sucedan luego
muertes de hombres en la calle.
(Mata la luz y váse con él.)

ESCENA XV.

DON FÉLIX.

- FEL. En un esconce pequeño
que hace la escalera, antes
que la luz bajara, muerto
de celos y de desdichas,
pude quedarme encubierto.
Poco lugar han tenido
de echar á ese hombre, y no creo
que sabiendo que en la calle
estoy, se atrevan á hacerlo:
el fin con que me he quedado,
á mis desdichas atento,
es de sacarle conmigo

hasta la calle, fingiendo que soy criado de casa, y que sé todo el suceso. (Llégase á la puerta.)

Esta es la puerta, y está abierta: Cé, caballero, seguidme, seguro soy. ¿No me respondeis? ¿Qué es esto? obligaréisme, callando, ¡vive Dios! á que entre dentro.

ESCENA XVI.

Entra y sale LAURA con luz.

LAU. Nada me queria mi padre que fuese de mas momento, que decirme que mañana ha de ir á un cercano pueblo, adonde su hacienda tiene, y yo á mis desdichas vuelvo. Celia, Celia, ¿dónde estás? pondré que se han ido huyendo todos, y que me han dejado en el peligro; y es cierto, pues nadie parece ¡ay triste! ¿qué he de hacer en tanto aprieto? Félix estará en la calle, cuando estotro está aquí dentro: pero aunque todo lo arriesgue, esta ha de ser, que primero soy yo. Perdone Marcela esta vez. Cé, caballero, á quien necia una mujer en tanto peligro ha puesto, no os espanteis de mirarme.

ESCENA XVII.

Abre la puerta, y sale DON FÉLIX embozado.

FEL. ¿Cómo puedo, cómo puedo dejar de espantarme, Laura, de mirarte.
LAU. Ay Dios, ¡qué veol!
FEL. Tan mudable...
LAU. ¡Ay infelice!
FEL. Y tan falsa...
LAU. Ay Dios, ¡qué es esto!
FEL. Esto es, Laura, esto es, (si es que yo á decirlo acierto) el desengaño mayor que á un hombre handado los celos; pero miento, que no son celos, sino agravios, estos. (Paséase, y ella tras él.)
LAU. (Yo estoy muerta) Félix mio, mi bien, mi señor, mi dueño.
FEL. Mi mal, mi muerte, mi ofensa, ¿qué me quieres?

LAU. Que te quiero;
FEL. te quiero no mas.

FEL. Y yo, pues tú lo dices, lo creo, porque no habiendo tenido un hombre en este aposento, no habiendo dicho que estaba cerrado el paso por esto, no habiendome venido tú á hablarme por él, no habiendo visto yo... ¿qué he de haber visto? nada digo, nada entiendo: ¡mal haya yo, porque estuve antes á tu honor atento, y no...! Adios, Laura; adios, Laura.
FEL. Detente, porque primero que te vayas, has de oirme.
FEL. ¿Puede ser mentira esto?
LAU. Sí, bien puede ser mentira.
FEL. ¿Mentira lo que estoy viendo?
LAU. ¿Qué viste?
FEL. El bulto de un hombre que estaba en ese aposento.
LAU. Algun criado seria.

ESCENA XVII.

Dichos, y sale CELIA muy alborozada.

CEL. Señora, ya por lo menos nada sucederá en casa, que ya en la calle le dejo. (Ve á Don Félix, y túrbase.)
FEL. Mira si era algun criado.
CEL. ¿Pues esto ahora tenemos? ¿Cómo aquí...? No puedo hablar.
LAU. ¿Ves, Félix, con cuanto aprieto se eslabonan mis desdichas? Pues culpa ninguna tengo.
FEL. Pues yo la culpa tendré.
LAU. Tanto te estimo y te quiero, que aun no quiero yo decirlo, porque te está mal saberlo.
FEL. ¡Qué antiguo sagrado es ese de un culpado, en no teniendo que responder! Esto, en fin, se acabó, Laura, esto es hecho: adios, adios.
LAU. Mira...
FEL. Suelta...
LAU. No has de irte así.
FEL. ¡Vive el cielo, que dé voces, que despierten á tu padre, al mundo entero, diciendo quién eres!
LAU. ¡Félix!
FEL. Harás que pierda el respeto á tu hermosura, porque nadie le tuvo con celos.



ESCENA XVII.

LAURA.

LAU. Ténle, Celia.
 CEL. ¿Yo tenerle?
 LAU. Pues aunque vayas huyendo,
 yo te buscaré: ¡ay Marcela,
 en qué de dudas me has puesto!

ESCENA XX.

Sala en casa de DON FÉLIX.

LISARDO y CALABAZAS.

CAL. Señor, ¿qué es lo que tienes?
 ¿Dedónde, ó cómo á tales horas vienes?
 LIS. Ni sé de donde vengo,
 Calabazas, ni sé lo que me tengo.
 CAL. Despues de haberte ido
 sin mí (cosa que nunca ha sucedido,
 ni hechoso con lacayo
 de bien) vuelves á casa como un rayo,
 casi al amanecer, descolorido,
 colérico, furioso, acontecido,
 airado...
 LIS. No me mates,
 ni empieces á decirme disparates,
 sino pon las maletas, porque luego
 me tengo de ir, y en tanto que á esto
 á esotra cuadra pasa,
 mira si hablar á Félix puedo.
 CAL. En casa [cido,
 él no está; que aunque ya ha amane-
 creo que no ha venido
 á acostarse hasta ahora. [ignora?)
 LIS. Feliz él, que habrá estado (¿quién lo
 celebrando las paces con su dama,
 que es la felicidad del que bien ama;
 ¡y yo infeliz, á quien han sucedido
 tantas cosas!
 CAL. ¿Qué han sido?
 LIS. Oye, porque me dejes, [sejes.
 con condicion, que luego no acon-
 Llamóme por un papel
 aquella dama tapada,
 á que en su casa la vieso,
 á verla fui, y la criada
 por un jardin me guió,
 hasta á que llegue á una sala
 de estrado, donde la misma,
 que ví en las huertas, estaba
 tan bella como entendida;
 esto que te diga basta.
 Muy á los primeros lances
 me dió á entender enojada,
 no sé bien qué quejas, cuando

su padre á la puerta llama.
 Métenme en un aposento,
 donde, despues de pasadas
 algunas conversaciones,
 de que poco entendí ó nada,
 (porque como retirado
 estaba, á puerta cerrada,
 llegaban á mí confusas
 las voces sin las palabras.)
 La puerta un hombre entreabrió,
 la capa terció, y la espada
 empuñé, y al mismo instante
 me volvieron á cerrarla
 por defuera, sin poder
 ver el talle, ni la cara
 del hombre; de allí á otro rato
 triste, confusa y turbada
 otra moza, me sacó
 hasta la calle, con varias
 prevenciones, de que Félix
 no supiera desto nada.
 Yo, pues, cercado de dudas,
 y de sospechas contrarias
 estoy, sin saber qué hacerme
 en confusion tan extraña:
 porque si á Félix le callo
 el lance, ya acreditada
 la sospecha de que ha sido
 dama suya, será ingrata
 correspondencia, que él tenga
 á su enemigo en su casa.
 Si se lo digo, y no es
 su dama, sino otra dama
 que de mí se fia, el decirlo
 es de mi nobleza infamia:
 y así, entre hablar y callar,
 la opinion mas acertada
 es, pues dos daños me embisten,
 volver á los dos la espalda.
 Así con esto á don Félix
 no ofende lo que se calla,
 ni lo que se dice ofende
 á la mujer: luego trata
 de poner toda la ropa,
 que antes que amanezca el alba,
 con ocasion de que ya
 hecha mi consulta baja,
 de Ocaña me tengo de ir,
 aunque me deje en Ocaña
 en un ingenio la vida,
 y en una hermosura el alma,
 CAL. ¡Honrada resolucion;
 LIS. Porque apruebas, y no cansas,
 toma aquel vestido, que hice
 de camino, Calabazas.
 CAL. Tus manos, señor, te beso
 de resulta de las plantas,
 no tanto por el vestido,
 aunque es dádiva estremada,

como por dármele hecho;
y en tanto que se levanta
quien la ropa me ha de dar,
escúchame en dos palabras
lo que hecho un vestido ahorra:
(Habla mudando las voces.)

Señor maestro, ¿cuántas varas
de paño son menester
para mí? Siete y tres cuartas.
Con seis y media lo hace
Quiñones. ¡Pues que le haga!
Mas si él saliere cumplido,
yo me pelaré las barbas.
¿De tafetan? Ocho; siete
han de ser. No quite nada
de siete y media. ¿Ruan?
Cuatro. No. Si un dedo falta,
no puede salir: ¿de seda?
dos onzas, treinta de lana.
¿Bocaci á los bebederos?
media vara: angeo? otra tanta:
botones? treinta docenas:
¿treinta? ¿habrá mas de contarlas?
Cintas, faltriqueras, hilo,
vamos con todo esto á casa.
Junte vuesaaced los pies,
ponga derecha la cara,
tienda el brazo. ¿Seor maestro,
son matachines? ¡Qué gracia
hará el calzon! Oye usted,
la ropilla ancha de espaldas,
derribadica de hombros,
y redondica de falda.
Frisa para las faldillas
haber sacado nos falta
Póngalo usted, que me place.
¡Ah! sí, esto se me olvidaba,
entretelas. De este viejo
ferreruelo me las haga.
Voy á cortarlo al momento.
¿Cuándo vendrá esto? Mañana
á las nueve. La una es:
¡oh cuánto este sastre tarda!
Seor maestro, todo el dia
me ha tenido usted en casa.
No he podido mas, que he estado
acabando unas enaguas,
que como mil paños llevan,
no fué posible acabarlas. (Muda la voz.)
¡Ah! caballero, muy seca
está esta obra. Remojarla.
Angosto vino el calzon.
De paño es, no importa nada,
que luego dará de sí.
Esta ropilla está ancha.
No importa nada, es de paño:
que ella embeberá: así basta,
que los paños dan y embeben,
como el sastre se lo manda.

El ferreruelo está corto:
mas de media liga tapa,
y ahora no se usan largos.
¿Qué se debe? Poco ó nada;
veinte del calzon, y veinte
de la ropilla y sus mangas,
diez del ferreruelo, treinta
de los ojales... y tantas
impertinencias, que en fin,
que me venga ó que me vaya,
quien me da un vestido hecho
me da la mejor alhaja;
á componer voy las tuyas:
aquí gloria y despues gracia. (Váse.)

ESCENA XXI.

LISARDO.

LIS. ¡Qué locuras! ¡Quién tuviera
tu alegría, y no llegára
hoy á sentir los estremos
de tantas penas, de tantas
confusiones y sospechas!
Válgate Dios por tapada,
toda misterios, y toda
prevenciones, sin que haya
nunca visto la verdad.

ESCENA XXII.

LISARDO y CALABAZAS.

CAL. Ya le dije á una criada
que me sacase la ropa,
porque hoy nos vamos á Irlanda.
LIS. En efecto me destierran
antes de tiempo de Ocaña
tramoyas de una mujer.

ESCENA XXIII.

MARCELA *con manto* y SILVIA *sin él, y hablan
quedándose á la puerta.*

SILV. Mira á qué te atreves.
MARC. Nada
me digas, porque no estoy
para escucharte palabra:
¿que hoy se va no dices?
SILV. Sí.
MARC. Pues, Silvia, ¿de qué te espantas
que haga locuras mi amor?
Sin duda le dijo Laura
quién soy, y de mí va huyendo.
SILV. Pues si eso temes, ¿qué tratas?
Hablarle ya claramente;
que puesto que á esta hora falta
mi hermano, ya no vendrá

hasta que le lleven capa
y valona, ó sea de noche:
tú, Silvia, á esa puerta aguarda.
(Váse Silvia.)

ESCENA XXIV.

LISARDO, CALABAZAS y MARCELA.

- LIS. Mira si ha venido Félix.
CAL. Félix no, pero la dama
tapada, si que ha venido.
LIS. ¿Qué dices?
CAL. *Ecce quam amas.*
MARC. Señor Lisardo, no sé
que sea accion cortesana
el iros, sin despediros
hoy de una mujer que os ama.
LIS. ¿Tan presto tuvisteis nueva
de mi partida?
MARC. La malas
vuelan mucho.
CAL. ¡Vive Dios, (Aparte.)
que con los demonios habla!
¿Si es Catalina de Acosta,
qué anda buscando su estatua?
MARC. ¿En fin, os vais?
LIS. Sí, y huyendo
de vos, que vos sois la causa.
MARC. De eso infiero que sabeis
ya quien soy (estoy turbada) (Aparte.)
y si el haberlo sabido
anticipa la jornada,
id con Dios; pero advirtiendo
que fué en mí, y en vos la causa
imposible de decirla,
é imposible de callarla.
LIS. No os entiendo, pues no sé
de vos (esta es verdad clara)
mas de lo que sé de vos;
y antes la desconfianza
que haceis de mí, es quien me mueve
á irme...
CAL. Ce: por la sala
(Mira Calabazas dentro.)
entra Don Félix.
MARC. ¡Ay triste!
LIS. ¿Qué os turba? ¿qué os embaraza?
connigo estais.
MARC. Es verdad;
mas puesto que mis desgracias
unas con otras tropiezan,
y tan en mi alcance andan,
sabed que yo soy... no puedo,
no puedo hablar mas palabra,
que entra ya; mi vida está
en vuestras manos, guardadla,
que yo aquí me escondo. (Escóndese.)
LIS. ¡Cielos,

sacadme de dudas tantas!
Ella es su dama, sin duda,
pues que tanto de él se guarda.

ESCENA XXV.

LISARDO, FÉLIX y MARCELA *escondid a.*

- FEL. ¿Lisardo?
LIS. ¿Qué hay? ¿Qué traéis,
Don Félix?
FEL. Traigo un pesar,
y véngole á consolar
con vos, que me aconsejéis.
LIS. Cuando por haber faltado
de casa (Vete de aquí) (Váse Calabazas.)
toda la noche, creí
que habiades celebrado
las paces con vuestra dama,
¿al amanecer venís
con el pesar que decís?
FEL. Sí, que un mal á otro mal llama:
¡ay Lisardo, bien dijisteis
cuando hablásteis de los celos,
que sus mortales desvelos,
y que sus efectos tristes,
eran tan otros tenidos,
que dados cuanto se ofrece
entre quien hace y padece;
pues padecen mis sentidos
el daño que antes hicieron:
¡oh quién un siglo los diera,
y un punto no los tuviera!
LIS. ¿Pues cómo, ó de qué nacieron?
¡Vive Dios, que él ha seguido (Aparte.)
esta dama, y que sus celos,
son de mí y de ella!
MARC. Los cielos (Ap.)
den mis penas á partido.
FEL. Muy rendido ayer llegué,
donde (¡ay de mí!) satisface
con los extremos que hice
las lágrimas que lloré,
las mal fundadas sospechas
que de mí (¡ay cielos!) tenía
la hermosa enemiga mía:
y cuando ya satisfechas
estaban, y yo esperaba
de los sembrados rigores
coger el fruto en favores,
de la calle en que aguardaba,
entré á verla muy contento,
y porque fué fuerza así,
un aposento entreabrí
(mal haya mi sufrimiento)
y en él ¡qué torpes desvelos!
el bulto de un hombre ví.
LIS. Esto es lo que anoche á mí (Aparte.)
me pasó, viven los cielos.

FEL. ¡Oh mal haya yo, porque aunque su padre viniera, y aunque su honor se perdiera, á darle muerte no entré! quedarme pude escondido, con ánimo de volver á buscar el hombre, y ver quién era.

LIS. ¿Habéislo sabido?

FEL. No, porque ya una criada le habia sacado de allí; tras él al punto sali, pero no pude hallar nada. Así hasta el medio dia toda la mañana he estado, (mirad qué necio cuidado) pensando que volveria. Ved si habrá en el mundo quien tenga el dolor que yo tengo, pues hoy aquí á tener vengo celos sin saber de quién.

LIS. En este punto creí (Aparte.) todo cuanto imaginé, la dama esta dama fué, y yo el encerrado fui: las señas son, mas supuesto que él no sabe que fui yo, ni que ella aqui se ocultó, ponga fin á todo esto mi ausencia, puesto que así todo el silencio lo sella; pues no sabrá agravios de ella, ni tendrá quejas de mí.

FEL. ¿Ahora suspenso estais?

LIS. Como admirado me habeis, aun mas de lo que pensais.

FEL. ¿Qué puedo hacer?

LIS. Olvidar.

FEL. ¡Ay Lisardo, quién pudiera..!

(Sale Calabazas.)
CAL. Señor, una dama ahí fuera dice que te quiere hablar.

FEL. Ella es que habrá venido á verme, yo no he de vella. Mirad primero si es ella.

(Sale Laura tapada.)
FEL. ¿No he de haberla conocido? ella es, que en conclusion querrá ahora que yo crea que todo mentira sea.

LIS. Ya es otra mi confusion: (Aparte.) si esta es la que Félix ama, y dentro en su casa vió un hombre, y este fui yo, ¿quién es, quién, estotra dama?

LAU. Lisardo, por caballero, os ruego que os ausenteis, y con Félix me dejéis,

porque hablar con Félix quiero.
FEL. ¿Quién te ha dicho, que querrá el Félix hablarte á tí?

LAU. Dejadnos solos.

LIS. Por mí obedecida estais ya: fuerza es dejar encerrada la otra dama hasta despues, y estar á la vista: nada tengo ya que temer, pues no es su dama mi tapada. (Vánse Lisardo y Calabazas.)

ESCENA XXVI.

LAURA, FÉLIX y MARCELA *escondida.*

LAU. Ya que estamos los dos solos; Don Félix, y que podré decir á lo que he venido, escuchame.

FEL. ¿Para qué?
ya sé qué quieres decirme, qué ilusion, qué engaño fué cuanto allí ví y cuanto oí: y si esto, en fin, ha de ser, ni tú tienes que decir, ni yo tengo que saber.

LAU. Y si nada de esto fuese, sino todo eso al revés.

FEL. ¿Cómo?

LAU. Escucha, oíráslo.

FEL. ¿Iráste, si te escucho?

LAU. Sí.
FEL. Dí, pues.

ESCENA XXVII.

Dichos y MARCELA al paño.

LAU. Negarte que estaba un hombre en mi aposento...

FEL. Deten.
¿Y es estilo de obligar, modo de satisfacer, decirme, cuando esperaba un rendimiento cortés, una disculpa amorosa, confesar la ofensa? ¿Ves como otra vez la repites, porque la sienta otra vez?

LAU. Si no me oyes hasta el fin.

MARC. ¡Quién vió lance mas cruel!

FEL. ¿Qué he de escuchar?

LAU. Mucho.

FEL. ¿Iráste si te escucho?

LAU. Sí.

FEL. Dí, pues.

LAU. Negarte que estaba un hombre en mi aposento, y tambien que Celia le abrió la puerta, no fuera justo, porque negarle á un hombre en su cara lo mismo que escucharlo y ve, es darle á un desesperado para consuelo un cordel; mas pensar tú que fué agravio de tu amor y de mi fé, es pensar que cupo mancha en el puro rosicler del sol, porque con mi honor, aun es sombra todo él.

FEL. ¿Pues quién aquel hombre era?

LAU. No puedo decirte quién.

MARC. ¡Quién vió confusion igual!

FEL. ¿Por qué?

LAU. Porque no lo sé.

FEL. ¿Qué hacia escondido allí?

LAU. No lo sé tampoco.

FEL. ¿Pues dónde la satisfacion está?

LAU. En no saberlo.

FEL. ¡Bien!

no saberlo es la disculpa, la culpa el saberlo es;

¿pues cómo quieres que venza lo que sé á lo que no sé?

LAU. Laura, Laura, no hay disculpa.

FEL. Félix, Félix, déjame, que aunque lo puedo decir, tú no lo puedes saber.

FEL. Otra vez me has dicho ya (baldon ó despecho fué) esto mismo, y vive Dios no he de escucharlo otra vez, porque aquí me has de decir la verdad de esto.

MARC. ¿Qué haré?

que, por disculparse á sí, me ha de echar á mí á perder.

FEL. Que nada me está peor que el pensarlo.

LAU. Sí diré.

MARC. No dirás, porque primero tus voces estorbaré con esta resolucíon.

Amor ventura me dé, como me da atrevimiento: solo esto he querido ver.

(Pasa por delante tapada, como jurándose la á Don Félix; él quiere seguirla, y Laura le detiene.)

ESCENA XXVIII.

FÉLIX y LAURA.

FEL. ¿Qué mujer es esta?

LAU. Hazte de nuevas.

FEL. Déjame que la siga, y la reconozca.

LAU. Eso quisieras tú, porque pudieras desenojarla, diciéndola á ella despues, que me dejaste, por ir trás ella; pues no ha de ser.

FEL. Laura mia, mi señora, el cielo me falte, amen, si sé qué mujer es esta.

LAU. Yo sí, yo te lo diré, Nise era, que al pasar yo la conocí muy bien.

FEL. Ni era Nise, ni sé yo cómo estaba aquí.

LAU. Muy bien;

la disculpa es no saberlo, la culpa el saberlo es; ¿pues cómo quieres que venza lo que sé á lo que no sé? adios, Félix.

FEL. Si no basta el desengaño que ves,

¿cómo quieres que yo crea lo que tú, Laura, no crees?

LAU. Porque yo digo verdad, y soy quien soy.

FEL. Yo tambien, y ví en tu aposento un hombre.

LAU. Yo en el tuyo una mujer.

FEL. No sé quien fué.

LAU. Yo tampoco.

FEL. Sí, supiste Laura; pues ya me lo ibas á decir.

LAU. Ya sin decirlo me iré, por no dar satisfaccíones á un hombre tan descortés.

FEL. Mira, Laura.

LAU. Suelta, Félix.

FEL. Vete, que es cosa cruel haber de rogar quejoso.

LAU. Quédate, que es rabia haber de llevar traíciones, cuando finezas vine á traer.

FEL. Yo bien disculpado estoy.

LAU. Si á eso vamos, yo tambien.

FEL. Pues ví en tu aposento un hombre.

LAU. Yo en el tuyo una mujer.

FEL. Si esto cielos es amar...

LAU. Si esto fortuna, es querer.

Los } ¡Fuego de Dios en el querer bien!

Dos. } Amen, amen.

ACTO TERCERO.

Aposento de Marcela.

ESCENA PRIMERA.

MARCELA y SILVIA.

SILV. Grande atrevimiento fué.

MARC. Como perdida me ví,
cuando ya á Laura escuché
que iba á descubrir allí
cuanto en su casa pasé,
estorbar la relacion
quise con tan loca accion;
que ya preciso un pesar,
algo se ha de aventurar.

SILV. Asi es verdad.

MARC. La razon
que me animó mas, fué ver
á Lisardo, que esperaba,
mas afuera, al parecer,
en qué el suceso paraba
de su encerrada mujer,
y como yo lo sabia,
no temí la empresa mia,
pues á no suceder bien,
ya en Lisardo, al menos, quien
me defendiese tenia:
y en fin, ello sucedió
mejor que esperaba yo;
pues yo á mi cuarto pasé,
y en los celos que dejé,
el lance se barajó,
de suerte, que ni Lisardo
se empeñó por mi gallardo,
ni Laura el caso contó,
ni Félix me conoció,
ni yo mayor susto aguardo.

SILV. Digo que fué estraño cuento,
y si escarmiento ha dejado,
será de mas fundamento.

MARC. ¿Pues cuándo dejó escarmiento,
Silvia, un peligro pasado?
Antes el haber salido
deste tan bien, me ha movido

á pensar, cómo pudiera
ser que Lisardo volviera
á verme.

SILV. Oye, que hacen ruido.
(Por la puerta escondida sale Don Félix.)

ESCENA II.

Dichas y DON FELIX.

FEL. ¿Marcela?

MARC. ¿Qué novedad
es entrar tú en mi aposento?
FEL. Es venir mi voluntad
por luz á tu entendimiento,
por consuelo á tu piedad:
anoche, cuando saliste
de ver á Laura, yo entré
en su casa ¡ay de mí triste!
y ví en su casa, y hallé...

MARC. Dí, ¿qué hallaste? dí, ¿qué viste?

FEL. Un hombre.

MARC. ¿Tal pudo ser?

FEL. Vínome á satisfacer;
una mujer que salió
de mi alcoba lo estorbó.

MARC. ¡Miren la mala mujer!

FEL. Que con Lisardo debia
de estar. Él, cuerdo y discreto,
presumiendo que ofendia
de mi casa así el respeto,
dice que tal no sabia.
En fin, sea lo que fuere,
que no hay nadie que lo diga,
celosa Laura, no quiere
que desengaños consiga,
ni que disculpas espere.
Yo, por no dar á torcer
tampoco mi sentimiento,
no la quiero hablar, ni ver,
pero quisiera saber
hasta el menor pensamiento
suyo. Para esto ha pensado

una industria mi cuidado.
MARC. ¿Y es, si me la has de decir?
FEL. Que tú, hermana, has de fingir, que un gran disgusto, un enfado conmigo has tenido, y que en tanto que esto se pasa, te quieres ir á su casa, y así, una espía tendré para el fuego que me abrasa, pues tú á la mira estarás, y á pocos lances verás quién este embozado es, y con secreto despues de todo me avisarás
MARC. Aunque hay bien que replicar, hoy me iré á su casa.

FEL. No puede hoy ser, que por mostrar cuán poco mi mal sintió, ó por darme este pesar, hoy de su casa ha salido, y al mar de Antígola ha ido.

MARC. Pues digo que iré mañana.

FEL. La vida me das, hermana; tuya desde hoy habrá sido.

ESCENA III.

Dichas, menos DON FELIX.

MARC. ¿Hay cosa como llegar rogándome lo que yo puedo, Silvia, desear? Pero mira quién se entró en el cuarto sin llamar.

SIL. Laura y Celia son, señora.

ESCENA IV.

Dichos, MARCELA, LAURA y CELIA con capotillos y sombreros.

MARC. Laura mia, ¿á aquesta hora?

LAU. No te espantes de esto, amiga, que á tanto una pena obliga.

MARC. ¿Quién lo duda? ¿quién lo ignora?

LAU. De la suerte que de mí te fuiste ayer á valer, vengo á valerme de tí.

CEL. Aprended, damas, de aquí lo que va desde hoy á ayer.

LAU. Aquel hombre que dejaste cerrado, Marcela mia, en mi casa, vió Don Félix.

MARC. ¡Jesús!

LAU. No importa que diga el cómo ó el cuándo, puesto que bastaba ser desdicha, para que ella se estuviese desde luego sucedida; quisele satisfacer,

y vine á tu casa, amiga, sin mirar á los respetos á que el ser quien soy me obliga. Entré en su aposento, y cuando á representarle iba disculpas, que no tocasen en tu opinion, ni en la mia, una mujer, que detrás de su aposento tenia, y que era, sin duda, Nise...

MARC. Quién duda que ella seria.

LAU. Salió á dar celos por celos.

MARC. ¡Hay tan gran bellaquería! ¿Y qué hizo Félix á eso?

LAU. El, aunque quiso seguirla, yo no le dejé: en efecto, las dos quejas repetidas, ni las suyas quiso oír, ni él saber quiso las mias. Por mostrar que estaba ¡ay cielos! gustosa y entretenida, ¡oh cuán á costa del alma, Marcela, un triste se anima! Al mar de Antígola hoy salí con unas amigas, donde, aunque debió alegrarme su hermosa apacible vista, no pudo, que para mí ya se murió la alegría, tanto, que ni al ver la reina, que infinitos siglos viva, para que flores de Francia nos den el fruto en Castilla, como en su verde carroza, que caballos del sol tiran, varado bajel de tierra, llegó á abordar á la orilla, Ni el ver tan ufano entonces ese breve mar, que imita del Océano las ondas, encrespadas y movidas de los céfiro suaves, cuando al mirar quien las pisa, como plata las entorcha, y como vidrio las riza. Ni el ver que ya el bergantin, coche del mar, pues le guian, como caballos, los remos, á quien el freno registra de un timon, abrió el estribo de su hermosa barandilla, para que su popa ocupe, para que su esfera admita un sol, á quien hizo guarda no menos, que el alba misma. Ni el ver las hermosas damas, que como flores seguian la rosa, bien así como tejido coro de ninfas,

en las selvas de Diana profanas fábulas pintan. Ni el ver, en fin, que tan bello ya el bajel bogando iba el piélagos de cristal, que al acercarse á la isla del cenador, que con tantas flores el estanque habita, no pudo determinar desde aparte, no, la vista, cuál el bergantín, ó cuál era el cenador; pues via flores en cualquiera, tantas, que unas á otras competidas, naval batalla de flores se dieron muertas y vivas, me pudo aliviar; pues toda esta pompa hermosa y rica, en los cristales bullicio, en las flores alegría, en los vientos suavidad, en las hojas armonía, en las damas hermosura, y en todos los campos risa, llanto fué, llanto en mis ojos, celosa de Félix. Mira si á quien esto no divierte, bastantemente peligra. Yo no he de hablarle, porque es triste cosa, es indigna acción darle yo á torcer mis celos; y así, querría de una industria aquí valerme, si es que mi amistad codicias; y es, que para que yo vea si Nise en su cuarto habita, le he de acechar esta noche por aquella puerta, amiga, que dijiste, y que á su cuarto cae, y él tiene escondida: ¿cómo faltar de mi casa podré? Es fuerza que aquí digas y responderete yo, que hoy mi padre fué á una villa, adonde su hacienda tiene, y no vendrá en cuatro dias. Así, que estas noches puedo ser tu huésped, si obliga mi amistad á esta fineza, pues es fineza de amiga tan principal, tan discreta, tan noble y tan entendida,

MARC. ¿Cómo te podré negar, Laura, lo que solicitas, si con mi razón me arguyes, si con mi dolor me obligas? Solo hay un inconveniente; mas si tú lo facilitas, ven desde luego á mi casa,

mal dije, á la tuya misma.

LAU. ¿Cuál es el inconveniente?
 MARC. Tanto mi hermano te imita en el dolor y en la causa, (no importa que te lo diga, primero somos nosotras) que hoy me ha pedido que finja con él un enojo, y vaya á ser por algunos dias tu huésped, porque yo allá de adalid le sirva; pues si no voy á tu casa yo, porque estás tú en la mía, dirá...

LAU. Escucha, antes mejor es, que desde luego finjas tú el enojo, y que te vayas; pues con aquesto le obligas á que él esté mas seguro de que yo en su casa asista.

MARC. Dices bien, que con mi ausencia se sana esta malicia.

LAU. ¿Cómo se ha de hacer?

MARC. Así:
 dame el manto, y dirás, Silvia, que fuí en casa de Laura; que para ser mas creída la causa, quise ir de noche.

(Pónese el manto.)

Y despues (aparte mira) busca á Lisardo, y dirásle, cómo mi afecto le avisa, que á verme vaya esta noche, y quédate donde sirvas á Laura: tú, Celia, ven conmigo, pues nos obliga esto á trocar con las casas las criadas.

LAU. ¿Tan apriesa?

MARC. Estas cosas mas se aciertan mientras menos se imaginan.

LAU. Marcela, á mi casa vas; por ella y por mi honor mira.

MARC. Por ella mira y mi honor, pues te quedas tú en la mía: ¿en qué ha de parar aqueste trueco?

CEL. ¿Quieres que lo diga?

En algun lance, que á todas, ó nos case ó nos aflija.

(Váanse por una parte Celia y Marcela, y por la otra Silvia y Laura.)

ESCENA V.

Cuarto de Lisardo.

LISARDO y CALABAZAS.

LIS. ¿Qué papel es ese?

CAL. Es

el que ha de ser, es y ha sido del tiempo que te he servido cuenta estrecha.

LIS. Dime, pues, ¿á qué propósito ahora?

CAL. A propósito de que hoy de tu servicio me voy.

LIS. ¿Por qué causa?

CAL. ¿Quién lo ignora? Porque andas aquestos dias muy discreto.

LIS. ¿Qué has querido decir?

CAL. Que andas divertido.

LIS. Tales son las penas mias.

CAL. Y no ha de ser tan discreto el amo, que ha de pensar que no le puede guardar Calabazas el secreto.

Tú te andas solo contigo, contigo solo te estás, contigo vienes y vas:

y en fin, contigo y sin migo, en cualquier parte te ven; que parecemos, señor, el dinero y el amor:

mirad con quien y sin quien.

Si alguna tapada viene á verte: salte allá fuera;

si vas á verla: aquí espera, porque ir allá no conviene.

¿Pues esto ha de ser así?

¡Pesar de quien me parió!

¿Para qué te sirvo yo?

Y así, quiero desde aquí buscar amo mas humano:

porque para mí, en rigor, ninguno será peor,

aunque sea un luterano, aunque sea un presumido

de docto, siendo menguado, con ingenio un desdichado,

sin él un entremetido, un poeta que hace trazas

de comedias, y seamos los criados y los amos

todo en casa Calabazas, aunque sea un lindo compuesto,

que habla meliflúo y despacio, y aunque galantee en palacio,

que es peor que todo esto.

LIS. Las cosas que me han pasado, tan públicas han venido,

Calabazas, que no ha sido forzoso haberlas contado,

para que las sepas: pues, hablar aquella tapada

en el campo, tan guardada verla en su casa despues,

adonde me sucedió aquel lance parecido al de Félix, que escondido en su casa me pasó.

Venir á verme á la mia, adonde desengañado de que estotra me ha dejado, la que Don Félix queria:

salir de allí tan veloz, irse, en fin, como se fué,

eso se dice y se ve, sin que aquí tenga mi voz

que contar; pues aunque quiera, no te puedo decir mas

de lo que tú viendo estás.

CAL. Ella es gentil embustera.

LIS. En cuanto á que estoy pensando qué es lo que me ha sucedido,

es verdad, y estoy corrido de estar creyendo y dudando

qué mujer es esta, pues cuando yo ser presumia

dama de Félix, vivia sin discurrir; mas despues

que estando conmigo ella, de Félix la dama entró,

y que me desengañó de que era otra dama aquella,

mayor deseo me ha dado de saber quién es, pues puedo

perder á su honor el miedo, que por Félix le he guardado.

CAL. Yo bien pudiera decir quién es.

LIS. ¿Tú?

CAL. Yo.

LIS. Dilo, pues.

CAL. ¡Vive Dios, que sé quien es!

LIS. Pues no me hagas discurrir.

CAL. ¿Ella no es enredadora?

Quien es sé. ¿No es embustera?

Quien es sé. ¿No es bachillera?

Quien es sé. ¿No es habladora?

La misma razon lo enseña quien es, si jurado á Dios.

LIS. Dilo.

CAL. Aquí para los dos.

LIS. Prosigue.

CAL. Es alguna dueña.

LIS. ¡Qué disparate!

ESCENA VI.

Dichos y SILVIA.

SIL. Lisardo,

que aquí me escuchéis os pido.

CAL. Mujer, ¿de dónde has caído?

LIS. Ya lo que quieres aguardo.

SIL. Una dama, de quien vos la casa, señor, sabeis, que á su ventana llameis, esta noche os pide: adios.

ESCENA VII.

LISARDO y CALABAZAS.

CAL. Tapada de las tapadas, oye.

LIS. Tente, ¿dónde vas?

CAL. Deja, que no quiero mas de darla dos bofetadas, que las lleve á su señora.

LIS. ¿Hay quien tus locuras crea?

CAL. Porque otra vez no me sea dueña enjerta.

LIS. Escucha ahora.

Pues que ya la noche fria, en mal distinto arrebol, da priesa, diciendo al sol que se vaya con el dia, y á mí esperándome están, dadme un broquel, y tú aquí me espera.

CAL. ¿Yo esperar?

LIS. Sí.

CAL. Espere un judío de Oran, que á casa donde encerrado estuviste, y aun corrido, y hay padre desconocido, y galan de imaginado, no has de ir solo.

LIS. Sí he de ir.

ESCENA VIII.

Dichos y DON FELIX.

FEL. ¿Dónde, Lisardo?

LIS. No sé

cómo callaros podré, ni cómo os podré decir lo que en Ocaña me pasa; ¿teneis que hacer ahora?

FEL. ¿Yo?

Ni en toda esta noche.

LIS. ¿No?

FEL. No, que el fuego que me abrasa, por acrecentar su ardor, treguas por ahora ha dado.

LIS. Pues yo quiero mi cuidado fiaros ya sin temor, que si hasta aquí he suspendido la relacion que empecé, respeto que os tuve fué; pero habiendo ya sabido que nada os puede tocar,

y sois quien sois, en efecto, de mi amor todo el secreto hoy os tengo de fiar. Venid conmigo, y sabreis, porque el tiempo no perdamos, extraños sucesos.

FEL. Vamos, que mucha merced me hareis en divertir el dolor

de que mi pecho está lleno, porque de amor el veneno cure triaca de amor.

CAL. ¿Yo qué he de hacer?

LIS. Esperar aquí en casa á que vengamos. (Vánse.)

CAL. Buenos, paciencia, quedamos, sin ver, ni oír, á callar: cuando no tiene el servir

otro gusto, otro placer, que escuchar para saber, y saber para decir, aun de este gusto me priva el recatarse de mí: pues no ha de pasar así, así Calabazas viva.

Que por aquel mismo caso que aqui de mí se guardó, tengo de seguirle yo tras ellos paso entre paso tengo de irme rebozado; porque si yo, cual sospecho, no le murmuro y acecho, ¿para que soy su criado?

ESCENA IX.

Decoracion de campo.

Hacen ruido dentro, y salen como tropezando

FABIO y LELIO, criado.

LEL. Aliéntate, que ya estás cerca de Ocaña, señor.

FAB. Es tan notable el dolor, Lelio, que no puedo mas; que aunque yo, por descansar, de la yegua me apeé, y quise venir á pié este rato, por dejar con ejercicio, vencido el dolor de la caida, te confieso, que en mi vida no me he visto tan rendido.

LEL. Ello fué dicha, señor, pues apenas una legua andada, cayó la yegua, porque pudieras mejor volverte á tu casa, donde

con mas cuidado podrás curarte.

FAB. A esta pierna mas todo el dolor corresponde, que fué la que me cogió debajo.

LEL. Súbete, pues, irás antes.

FAB. Mejor es andar otro poco, y no dejar, Lelio, resfriar la caída.

LEL. Dices bien: mas considero tambien que ya ha empezado á cerrar la noche, y que lo que andando en tal parte se mejora, se llega mas á deshora á tu casa, y quizás, cuando ya recogida, no habrá modo de curarte.

FAB. Bien dices: la yegua preven, que atada á ese tronco está, y vamos, si esto restaura mi salud, aunque yo creo, que ir á casa no deseo, por no dar cuidado á Laura; que me quiere de manera, que temo que hoy ha de ser su fin, si me ve volver con una pena tan fiera.

LEL. Como hija, claro está que lo sienta mi señora.

FAB. Pondré que aquesta es la hora que está recogida ya.

LEL. ¿Quién lo duda?

FAB. ¡Oh cuánta siento haberla de despertar! Mas no lo puedo excusar; lo que haré será que atento á su quietud, llamaré por la puerta principal: pues con prevencion igual podrá ser, pues que se ve de su cuarto mas distante, no oirme.

LEL. Dispon ahora tu salud, que mi señora lo estimará.

FAB. No te espante verme con tanta fineza, que soy en mi senectud amante de su virtud, como otros de su belleza.

ESCENA X.

LISARDO y DON FÉLIX.

FEL. Mucho me he holgado de oiros, por ser la novela extraña.

LIS. Esto es por mayor, que dejo de contar mil circunstancias, por no cansaros, Don Felix; y pues sabéis que me aguarda, idos con Dios, que ya es la hora.

FEL. Decirme á mí que una dama vais á ver, y haberme dicho que tuvisteis en su casa riesgo, y decir que me quede, son dos cosas muy contrarias: pues no soy de los amigos yo, con quien solo se hablan las cosas, que precio mas las obras que las palabras; id á lograr vuestro amor norabuena, que hasta el alba yo sabré estar en la calle.

LIS. A amistad, Don Félix, tanta, mal hiciera en resistirme.

ESCENA XI.

Decoracion de calle.

Dichos y CALABAZAS como acechando.

CAL. Si cual veo lo que andan, lo que hablan viera, yo viera lo que andan y lo que hablan: llegarme quiero.

LIS. ¿Qué es esto?

FEL. Un hombre, si no me engaña la vista, que tras nosotros viene.

LIS. Pues sacad la espada.

FEL. ¿Quién va?

CAL. Nadie ya, porque no diz que va el que se para.

FEL. ¿Quién sois?

CAL. Un hombre de bien.

LIS. Pues pase, si acaso pasa.

CAL. No paso, que me hago hombre.

FEL. Pues jugaré yo de espadas.

LIS. Dadle la muerte.

CAL. Detente; ¡Ay! ¡ay! señor, que me matas, que soy Calabazas.

FEL. ¿Quién?

CAL. Calabazas.

LIS. ¿Calabazas, qué es esto?

CAL. Es venir á ver dónde vais. (Dánle los dos.)

- FEL. ¡Por Dios!
 CAL. Ya basta.
 LIS. Dejarle, no alboroteis;
 porque está cerca la casa
 que buscamos.
- FEL. ¿Hacia aquí
 vive, Lisardo, la dama
 que venís á ver?
 LIS. Sí, Félix.
 FEL. ¿Y es bizarra?
 LIS. Muy bizarra.
 FEL. ¿Tiene padre?
 LIS. Sí.
 FEL. ¿Y aquí
 os cerrásteis en la cuadra?
 LIS. Sí.
 FEL. ¿Y estando ella con vos,
 entró la que me buscaba?
 LIS. Sí.
 FEL. Ved que como la noche
 llena está de sombras pardas,
 mas oscura que otras veces,
 pues aun la luna la falta,
 podrá ser que os engañeis.
 LIS. No me engaño, á esta ventana
 he de llamar, y esta puerta
 han de abrir.
- CAL. Ya sé la casa.
 FEL. ¿Esta ventana, esta puerta?
 ¡Ay de mí, el Cielo me valga! (Ap.)
 Que estas las de Laura son,
 para mí dos veces falsas.
- LIS. Retiraos, porque yo
 la seña, que es esta, haga.
 (Hace la seña á la reja)
 FEL. Si mal no me acuerdo ¡jay triste!
 en la relacion pasada
 dijísteis que la mujer
 que para hablaros aguarda,
 es la que hoy escondida
 dentro de mi cuarto estaba.
- LIS. Es verdad.
 FEL. Y que la otra
 que vino...

ESCENA XII.

Dichos y CELIA á la ventana.

- CEL. Ce.
 LIS. Ya me llaman.
 CEL. ¿Es Lisardo?
 LIS. Sí, yo soy.
 FEL. Celia es esta. (Aparte.)
 CEL. Pues aguarda,
 abriré la puerta.
 LIS. Ya
 conmigo habló la criada,

- y dice que viene á abrimme
 la puerta.
 FEL. Antes que la abra,
 decid...
 (Abre la puerta Celia.)
 LIS. No puede ser antes.
 FEL. Sí es...
 LIS. Adios, porque me aguarda
 FEL. La dama.
 CEL. Entrad presto.
 LIS. Luego
 hablaremos.
 (Al entrar Lisardo, quiere entrar don Félix,
 y Celia cierra aprisa.)

ESCENA XIII.

Don FÉLIX y CALABAZAS.

- FEL. Y en la cara
 con la puerta me dió Celia.
 CAL. Con cerradura no agravia
 una puerta, aunque es de palo,
 que el tener hierro la salva.
- FEL. ¿Qué es lo que pasa por mí?
 ¿Quién vió confusiones tantas?
 ¿En casa de Laura, cielos,
 viene buscando la dama,
 que hoy de mi cuarto salió
 cuando entró en mi cuarto Laura?
 luego ella no puede ser:
 ¿mas quién ser puede en su casa?
 ¡Oh quien no la hubiera dicho
 á Marcela, que dejára
 para mañana el venir
 aquí, que ella lo apurára!
 Pero mientras mas discurro,
 mas lugar doy a mi infamia:
 pues no discurrámos, celos,
 sino á ver la verdad clara
 caminemos mas aprisa,
 pues ella es Laura, ó no es Laura,
 si no es ella, qué se pierde
 en desenganar mis ansias?
 ¿Y qué se pierde, si es ella,
 en perder la vida y alma,
 despues de Laura perdida?
 La puerta en el suelo caiga.
 ¿Pero cómo á esto me atrevo,
 si á Lisardo la palabra
 le he dado? ¿Pero qué importa
 la amistad, la confianza,
 el respeto ni el decoro?
 Que donde hay celos, se acaba
 todo, porque no hay honor.
 ni amistad que tanto valga.
 (Da golpes á la puerta, como para derribarla,
 y á este tiempo, como mas lejos, dan tam-
 bien golpes dentro.)

- CAL. ¿Qué haces, señor?
 FEL. Darte muerte.
 CAL. Si es posible, no lo hagas.
 FEL. ¿Mas qué golpes son aquellos?
 CAL. ¿De qué te admiras y espantas?
 otro será en otra parte,
 que le habrá dado otra rabia,
 y da golpes á otra puerta.
 FAB. (Dentro.) Abre aquí, Celia; abre, Laura.
 CEL. Mi señor es, ¡ay de mí!
 FEL. Fabio es aquel (Cuchilladas dentro.)
 FAB. (Dentro.) ¿Esta infamia
 llevo á ver?
 CAL. Por Dios, que allá
 ya han llegado á las espadas.
 FEL. Mal haya la puerta.
 CAL. Amen.

ESCENA XIV.

La escena está á oscuras.—Sala en casa de Fabio.

Dichos y LISARDO con MARCELA en los brazos.

- LIS. No temais, señora, nada,
 que aunque llaman á esta puerta,
 seguro es quien á ella llama.
 MARC. Con vos, Lisardo, he de ir,
 que como yo á vuestra casa
 llegue, nada hay que temer,
 si es que ella una vez me ampara.
 LIS. Venid, y no os receleis
 de un hombre que me acompaña.
 MARC. ¿Es Félix?
 LIS. Sí.
 MARC. Pues mirad
 que es Félix.
 LIS. ¿En qué reparas,
 ya no es tiempo de recatos:
 ¿Félix?
 FEL. ¿Quién va?
 LIS. Mis desgracias.
 FEL. ¿Qué ha sido aquesto?
 LIS. Que estando
 hablando con esta dama,
 vino su padre de fuera;
 llamó, y viendo que tardaban
 en abrirle, derribó
 la puerta, y sacó la espada.
 Porque se apagó la luz,
 tuve lugar de librarla;
 llevadla, que yo me quedo
 á guardaros las espaldas
 para que ninguno os siga;
 que conmigo Calabazas
 quedará.
 CAL. No quedará.
 FEL. Mejor es con ella vaya,
 y nos quedemos los dos.
 LIS. ¿Tan sola hemos de dejarla?

no es razon, pues la primera
 obligacion es la dama
 en todo trance; así, Félix,
 vos solo habeis de llevarla,
 y ponerla en salvo.

- FEL. Es justo.
 ¿En fin, has venido, Laura,
 á mi poder?
 MARC. ¡Ay de mí!
 FEL. Yo estoy muerto.
 MARC. Estoy turbada.
 FEL. Ven conmigo, que aunque no
 mereces finezas tantas,
 soy quien soy, y he de librarte.
 MARC. ¡Hay mujer mas desgraciada!
 FEL. ¡Hay hombre mas infelice!

ESCENA XV.

LISARDO, CALABAZS y FABIO con luz, y criados con las espadas desnudas.

- FAB. Aunque las fuerzas me faltan,
 no las fuerzas del honor,
 para tomar mil venganzas.
 LIS. Deteneos, que ninguno
 de aquí ha de pasar.
 FAB. Mi espada
 hará paso por el pecho
 vuestro. (Riñen todos.)
 CAL. Infeliz Calabazas,
 ¿quién te metió en acechar?
 LIS. Pues que ya Félix se alarga,
 antes que aquí me conozcan,
 mejor es volver la espalda;
 esto es valor, no temor. (Váse.)
 FAB. Espera, cobarde, aguarda.
 CAL. ¿Quién creyera que Lisardo (Aparte.)
 en la ocasion me dejara?
 LEL. Aquí se quedó uno dellos.
 FAB. Pues muera, Lelio, ¿qué aguardas?
 CAL. Deteneos por Dios.
 FAB. ¿Quién sois?
 CAL. Si es que el miedo no me engaña,
 un curioso impertinente.
 FAB. Dejad la espada.
 CAL. La espada
 es poca cosa, el sombrero,
 la daga, el broquel, la capa,
 la ropilla y los calzones.
 FAB. ¿Sois criado del que agravia
 esta casa?
 CAL. Sí, señor,
 porque es un agravia casas,
 que no se puede sufrir.
 FAB. ¿Quién es y cómo se llama?
 CAL. Lisardo se llama, y es
 un soldado, camarada
 de Félix.
 FAB. Porque no empiece

por la menor mi venganza,
no te doy muerte.

CAL. Haces bien. (Váse.)
FAB. Y pues alguna luz hallan
mis desdichas, á buscar
iré á Félix. ¡Oh, mal haya
casa con dos puertas, pues
tan mal el honor se guarda!

ESCENA XVI.

*Don FÉLIX con MARCELA de la mano, á oscu-
ras, habiendo dicho dentro los primeros ver-
sos, y por la otra puerta LAURA y SILVIA, y
HERRERA.*

FEL. ¡Hola! traed aquí una luz:
ESC. Ya la llevo, si es que hallan (Dentro.)
luz unos ojos dormidos.
LAU. Ya dentro del cuarto andan;
escuchemos desde aquí.
FEL. Ya, por lo menos, ingrata
ya, por lo menos, no puedes
negarme...

LAU. Con mujer habla. (Aparte.)

FEL. En este lance, que eres
mudable, inconstante, falsa,
cruel, aleve, engañosa;
pues á nadie desengañan
mas cara á cara sus celos.

MARC. Aquí mi vida se acaba. (Aparte.)

FEL. ¿Para esto viniste hoy á mi casa?

LAU. La que estaba
tapada hoy es, pues la dice
que hoy ha venido á su casa.

FEL. En mi poder estás, mira
si habrá disculpa: mal haya
cuanto tiempo te he querido,
cuántas penas, cuántas ansias
padecí, y cuántas finezas
hizo mi amor por tu causa.

LAU. ¿No escuchas cómo confiesa
que la ha querido? ¿Qué aguarda
mi paciencia?

SILV. ¿Dónde vas?

LAU. No sé (ay Silvia, estoy turbada)
á escucharle de mas cerca.

FEL. ¡Oh cuánto con la luz tardas!

ESC. (Dentro.) Ya va la luz.

MARC. ¿Qué he de hacer,
si la trae?

FEL. ¿No dices nada?

pero si estás convencida,
¿qué has de decir?

(Suéltala de la mano y váse retirando Mar-
cela, y Laura acercándose, viene á ponerse
en medio de los dos, y él la coge la mano
entendiendo que es Marcela.)

MARC. ¡Oh! si hallára

por dondeirme, que á lo menos
la vida así asegurara.

FEL. Detente, no huyas, no huyas,
que no quiero mas venganza
de tí, que sepas que sé
esto.

LAU. Por otra me habla, (Aparte.)
y he de callar mis agravios,
hasta que las luces triagan,
y vea que yo soy con quien
está.

MARC. Confusa y turbada,
la puerta hallé de mi cuarto.
Este sagrado me valga,
pues fué dicha estar abierta.

SILV. ¿Eres Laura?

MARC. No soy Laura:
¿eres tú, Silvia?

SILV. Yo soy:

¿qué es esto?

MARC. Fortunas varias.
Cierra esa puerta, y conmigo
ven, Silvia, aprieta, ¿qué aguardas?
(Váse cerrando tras sí la puerta, y sale por
otra Herrera con luz.)

ESCENA XVII.

DON FELIX y ESCUDERO.

ESC. Ya están las luces aquí.

FEL. Déjalas, y afuera aguarda.

(Váse el Escudero, y va á cerrar la puerta
Don Félix.)

ESCENA XVIII.

DON FELIX y LAURA.

LAU. Aquí es ello, cuando vuelva
á verme.

FEL. En efecto, Laura,
yo soy quien solo guardo
á sus celos las espaldas.

LAU. ¿Qué es esto? ¿Cómo de verme, (Ap.)
ni se turba, ni embaraza?

FEL. Solo yo en el mundo traje
para otro galan su dama;
dí ahora que yo te ofendo.

LAU. No está la deshecha mala,
bien te alientas á fingir
la razon con que me agravia;
pues, viéndote convencido,
cuando en tus brazos me hallas,
de haberme hablado por otra,
á quien traes á tu casa,
prosigues las quejas de ella
conmigo.

FEL. Solo esto falta
á mi paciencia ofendida,

que tú ahora creer me hagas que hablaba con otra yo.
 LAU. ¿Pues de qué, Félix, te espantas, si es verdad?

FEL. ¿Pues dónde está la mujer con quien yo hablaba?

LAU. Si una casa con dos puertas mala es de guardar, repara que peor de guardar será con dos puertas una sala; ya se fué.

FEL. Laura, por Dios, que me dejes, vete, Laura, que me harás perder el juicio, si quieres que yo no haya traídote aquí, porque estando (la voz me falta) tu padre fuera, Lisardo... no puedo hablar.

LAU. Tú te engañas, que yo escondida esta noche en el cuarto de tu hermana he estado, por solo ver esto que á los dos nos pasa, y ella...

FEL. Detente, que ahora lo veré: ¿Marcela? ¿Hermana?

ESCENA XIX.

Dichos y MARCELA.

MARC. ¿Qué quieres? Disimular importa, pues informada estoy de todo.

FEL. Dí, ¿ha estado contigo esta noche Laura?

MARC. Laura conmigo, señor, ¿á qué efecto? yo mañana habia de ir á estar con ella, pero ¡jella conmigo!

LAU. Aguarda, ¿no vine esta tarde yo á pedirte, que en tu casa me tuvieras, y á la mia tú...?

MARC. No prosigas, que nada de eso es verdad.

FEL. Laura, ¿ves qué mal te salió la traza? Estase esotra en su cuarto recogida y retirada, ¿y dices que estás con ella?

LAU. Pues tú, Marcela, me agravias.

MARC. Sí, que soy primero yo, (Aparte.)

LAU. Pues tanto me apuras, salgan verdades á luz: Marcela ha sido... (llaman dentro.)

SILV. A la puerta llaman.
 LIS. (Dentro.) Abrid, Don Félix.
 FEL. Ahora

verás que todo se acaba; pues tu galan, Laura, viene.

LAU. Ahí tengo yo mi esperanza.

MARC. Aquí se deshace todo: ¿quien á Lisardo avisará de mi peligro?

ESCENA XX.

Dichos y LISARDO.

LIS. Don Félix.

porque ninguno llegara á seguirme, tardé: ¿dónde habeis puesto aquella dama?

FEL. Véisla aquí; pero primero que acabe con mi esperanza el verla en vuestro poder, me habeis de sacar el alma.

LIS. Hasta ahora no creí, que caballeros engañan de vuestras obligaciones á los que de ellos se amparan. La dama que os entregué os pido.

FEL. ¿No es esta dama la que me entregásteis?

LIS. No.

FEL. ¡Solo aquesto me faltaba para acabar de perder la paciencia!

MARC. ¡Ay desdichada!

LIS. Si esta suponeis, Don Félix, porque os obliga otra causa, hablad mas claro conmigo.

LAU. Yo de confusiones tantas os sacaré. Dí, Lisardo, ¿es esta á quien buscas y amas?

LIS. Ésta es, sí, aquí la teneis, ¿qué os ha obligado á ocultarla?

LAU. Mira si se está en su cuarto recogida y retirada: (Aparte.) primero soy yo, Marcela.

FEL. ¡Corrido estoy! Esta daga dé á una vil hermana muerte.

MARC. Lisardo, mi vida ampara.

LIS. ¿Hermana de Félix sois? (Pónela detrás de sí.)

FEL. Y en quien tomaré venganza.

LIS. Sabéis quien soy, y es preciso defenderla y ampararla por mujer.

FEL. También sabéis quien yo soy, y que de mi casa, menos que quien sea su esposo,

LIS. no ha de atreverse á mirarla.
Luego, con serlo, quedamos
bien los dos.

ESCENA XXI.

Dichos, FABIO y gente.

FAB. Esta es la casa,
entrad.

FEL. ¿Qué es esto?

FAB. Esto, Félix,
es honor.

CAL. ¡Qué linda danza
se va urdiendo!

FAB. ¿Dónde está
un Lisardo, camarada
vuestro?

LIS. Yo soy, porque nunca
á nadie escondí la cara.

CAL. Nunca la cara escondió,
pero volvió las espaldas.

FAB. ¡Oh traidor!

FEL. Fabio, teneos,
(Pónense los dos á una puerta.)
que la cólera os engaña;

el enojo que traeis,
si ha sido la ocasion Laura,
es conmigo, y me ha tocado,
como á mi esposa guardarla.

FAB. No tengo que responderos,
si Laura con vos se casa.

FEL. Pues para que veais si es cierto,
aquesta es mi mano, Laura;
y pues el haber tenido
dos puertas esta y tu casa,
causa fué de los engaños,
que á mí y á Lisardo nos pasan,
de la *Casa con dos puertas*
aquí la comedia acaba.



1072548

